

ENCUENTROS

VALERIA CAROLINA GONZÁLEZ CABRERA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2017**

ENCUENTROS

VALERIA CAROLINA GONZÁLEZ CABRERA

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar al título
de Licenciatura en Filosofía y Letras

Asesor:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2017**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de los autores.”

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de Aceptación

Firma del Jurado

Firma del Jurado

San Juan de Pasto, agosto ____ de 2017

DEDICATORIA

A lo que mora más allá de mi misma, estas palabras del todo amor, motivo a seguir a pesar de mí que, en asuntos de la palabra privada de todo, me renueva con su hálito divino, me levanta. Escribir es siempre volver a ti; pensar en las palabras, de igual manera; te buscaré en el desierto, en la lluvia, en el alto follaje de las montañas, te perseguiré en sueños; en verdad, eres mi oficio; más allá de estas palabras, ya viciadas de todo; en ti nada, ni nadie es normal, la vida ya no es simple. Me obsequiaste lo más sagrado en ti, me regalaste el don de crear, experiencia salvaje, aunque ni yo misma lo creyera.

A mis padres y hermanos, por su paciente amor durante todo este tiempo.

A él y su adiós precipitado, pues vive su memoria en las paredes y en el árbol, cuyas hojas ya no tendrán quién las vea caer, ¿o acaso sí, irá en forma de recuerdo? Que esta escritura sea ahora un nuevo hogar, donde la muerte no existe, porque en la escritura no existe el olvido, que es la muerte verdadera.

AGRADECIMIENTOS

La autora expresa sus sentimientos de gratitud:

A los que me prestaron sus recuerdos; aquí los devuelvo todos nuevos, transformados.

A mi amiga de siempre. Devuelvo su promesa transformada, al igual que todo lo prestado hacia el infinito; solo el escribir, como subversión de mi ser, transgrede lo que no me gusta de este mundo y a la eterna finitud que estamos condenados; ¡ahí hago un adelantico de lo infinito!, que solo el milagro de la palabra y la escritura puede lograr, mi Vicky.

A los que truncaron el camino, con el mayor de los males que pueden sufrir las personas: la indiferencia; aquí está mi escritura, ratificación del error cuando estamos aprendiendo a caminar, pero, también, de la hospitalidad, ya que en el tropiezo estuvo la ayuda, las manos extendidas; cuando fue difícil ponerse de pie en el camino, pues nada se ha creado sin riesgo, alto precio se ha pagado por la vanidad, el orgullo. Ese precio no es transable, ni recuperable, y es el tiempo. En mi desierto estuvo la amistad, esto es el maestro: a su ayuda incondicional, profe Gonzalo Jiménez; mi escritura y yo se lo agradecemos mucho.

A Loren Mejía, por sus dibujos, que plasman lo que la palabra no alcanza.

A la memoria del profe Jorge Verdugo, por haberme acogido y acoger estos escritos; por enseñarme que, aunque las cosas ya se han originado, pueden tener otros comienzos.

RESUMEN

Este trabajo es una experimentación estética de escritura acerca de la experiencia de la soledad en la nada y el vacío, como sentidos de la obra, al ser el eje principal el diálogo con los otros del yo y de la palabra; y cómo estas formas de exploración, el equívoco, el error, son afirmación y validación en los procesos creativos y de aprendizaje, puesto que la labor del docente, más que enseñar o centrarse en la falla, el debe o el debería, su principal función es contagiar el gusto, la emoción, la pasión, puesto que solo a través de las expresiones estéticas es posible cultivar la sensibilidad en los estudiantes.

Palabras claves: Educación, Imaginación, Literatura, Poesía, Sensación.

ABSTRACT

This text is an aesthetic experimentation of writing about the experience of solitude in nothingness and emptiness, as senses of the work; how these forms of exploration, the mistake, the error, are affirmation and validation in the creative and learning processes.

Rather than teaching or focusing on failure, duty or should be, the teacher's job is to spread the taste, emotion, passion, since only through aesthetic expressions can cultivate sensitivity in students.

Keywords: Education, Imagination, Literature, Poetry, Sensation.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	11
ORÍGENES: LA SOLEDAD CONFERIDA A OTROS	16
ESCISIÓN, DESDOBLAMIENTO: LA ESCRITURA, LA ESCRIBIENTE Y YO	29
RETORNO	45
ENSAYO, ESCRITURA, EDUCACIÓN, SOLEDAD Y MUJER COMO EJERCICIO PEDAGÓGICO	61

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	Pág.
Figura 1. Ofrendar	15
Figura 2. Encuentro	28
Figura 3. Esencia	44
Figura 4. Resistencia	60

INTRODUCCIÓN

“Al tan soñado lector; al que la autora sueña que lee sus sueños.”

Macedonio Fernández, *Museo de la novela de la eterna*.

La búsqueda de la soledad, de conocer su naturaleza; es posible un acercamiento a ella de manera estética, como es la escritura literaria a modo ensayístico; son estos dos conceptos formas de probar, de tantear, de tener sentido de aventura, donde hablar de soledad de la escritura y, en últimas, de nuestra soledad, nada de novedoso u original puede haber en ello, puesto que toda escritura pertenece a su soledad, las palabras a su silencio.

Tampoco es posible, de igual manera, hablar de algo propio, de una soledad que nos perteneciera; aquello no existe, todo es de los otros, puesto que nuestro reflejo es su reflejo. Son ellos quienes nos dan sentidos. Lo que se propone en esta escritura es una soledad a modo de muchos, que son los otros del yo, de la palabra; inclusive aquellos a los que no se les puede dar un nombre, pero que siempre circundan en la escritura; en este sentido, cuando se nombra a los otros, el tipo de escritura que se genera es de despersonalización o desapropiación; puesto que la escritura es la destrucción de todo origen, es ese lugar a donde llegan los otros, donde se pierde toda identidad, que empieza por el que escribe; pero esto no debe asumirse con abatimiento y todo tipo de sentimientos cuando sentimos que perdemos o nos arrebatan algo, sino aunque no seamos conscientes o en nuestra escritura no sea el objetivo.

Sí se cree que la escritura surge del sentimiento profundo de compartir, como muchas veces nos dieron, pues Escribir es una deuda que tenemos con los otros, lo que ellos nos donaron. Nunca nos sentimos solos, siempre estuvimos entre ellos, la generosidad amistosa, gratuita que nos ofrece el otro: su palabra: “Don que no calcula su objetivo y la posibilidad del amor”¹; el todo amor posible, el hálito que nos regala, incalculable, que es la escritura.

Los otros, cual fuese su naturaleza o su procedencia, son un instrumento de doble faz que, si bien permiten sobrepasar nuestros límites al incursionar en otras geografías y territorios, también son el caos, el desconocimiento; ni nuestros mismos pensamientos nos pertenecen, sin embargo estas dos cosas nos hacen conscientes de que nuestro yo es fragmentos de los otros, el yo existe porque están los otros, pues ellos nos conforman y nos deforman, nos interiorizan y nos exteriorizan.

¹ Hélène Cixous. *La risa de la medusa*. Barcelona: Anthropos, 1995, vol. 3, p. 205.

La escritura es buen ejemplo, ya que es un gesto de esa exteriorización que interiorizamos; nuestra soledad de escritura, que es la forma de estar lo más cerca posible de la soledad esencial, como la denomina Blanchot, una soledad que no tiene que ver con la herida que nos causa el mundo, tampoco la del artista cuando está creando su arte, ya que esto es propiamente recogimiento, como tampoco el no estar en los demás y el estar también, ya que esto es aislamiento. Blanchot se refiere específicamente a la soledad de la obra, en este caso literaria, que no debe confundirse con el libro.

La obra es ese algo inasequible, al que podemos aproximarnos en la medida del hacer; sin embargo, en ese acercamiento, ese centro se mueve, sin haber centro o parte principal, pues está en todas partes; es como andar en arenas movedizas, en cualquier momento o tramo es posible hundirse; esto es escribir y leer, en algún segmento puede haber el falsete y quedar atrapados en su propio artificio, y no solo como escribiente que crea realidades, sino como lector, ya que la realidad no es lo que se muestra, sino lo que él quiere ver.

Milagrosa incertidumbre es el lector; por lo tanto, el que escribe no existe como testimonio del decir, o del contar sobre algo, puesto que esto siempre cambia, sino como testimonio de que escribió, pero que merodea en la obra, que le estorba como un zumbido de algún insecto; este modo de estar es el acercamiento máximo hacia la soledad de una obra; de esto no puede deshacerse, de que hubo alguien que la maniobró; sin embargo, esta connotación de existencia no debe asumirse con dolor.

En la escritura, a diferencia de algunas concepciones del mundo, el desaparecer es una celebración. Celebrar lo que llega, pero, también, lo que tiene que irse; en estos ritmos vitales se crea. Sin embargo, es muy difícil de determinar, así parafraseara o citara fragmentos acerca de lo podría llamarse obra; es inútil, corresponde a los espejismos, como en el desierto, como el reflejo cuando nos miramos en el espejo, que ni al escribir ni al alejarnos de nuestra actividad es accesible, pero existe, así no podamos definirla, pues el consuelo del que escribe siempre será el libro, que nada tiene que ver con la obra.

El dar tumbos por todas partes, el delirio son síntomas del trance de escritura que despoja de toda vanidad, de toda altivez; la intelectualidad, la inteligencia ha huido horrorizada tal vez al percibir en lo que nos hemos convertido; deambulamos en los mismos pensamientos, una y otra vez, hasta secarlos como hoja marchita que, con un solo rayo de luz, bastaría para hacer fuego. Volver a lo mismo, porque hay algo que no se ha digerido lo suficiente, algo que necesita ser voz, algo que surge como grito, que saliera lo que está en silencio, labor paciente del que escribe para que se exteriorizase.

Extraviarse en los otros y la elaboración de su artefacto o artesanía lleva a cumplir con su escritura, dejarse perder en su invención, escribir al ritmo de los sueños, de las ficciones, donde el afiebramiento, el desvarío y la brutalidad como síntoma de que el *logos*, como dador de saber y de respuestas, se ha desvanecido. La escritura lo arrebató todo, lo destruye; incluso lo más querido, lo más valioso para uno.

El caos es el origen de toda escritura, pero muchas veces el escribir no orienta, es como andar a oscuras o con mucha luz, que ciega los ojos, pues la soledad nunca se la va a obtener; es como ir en busca del eco, de un arco iris. Sin embargo, en ese andar, en ese trasegar, los otros nos salen al encuentro, nos invitan a continuar el camino y, también, a abandonarlo; esto pasa con la escritura, en la que uno nunca termina por decir las cosas; la abandonamos, pues siempre habrá mejores formas de abordarlas; el pensar es inagotable, siempre somos la frontera, el muro, lo que hace pensar que toda escritura es un simulacro, un ensayo de escritura, a modo muchas veces, se imagina, como hacer teatro: calentamientos, ejercicios del cuerpo-escritura y lo que se muestra, el resultado, si se quiere, constituye una propuesta a la que se puede añadir, quitar, cercenar, dejar, crecer y abandonar, también.

La metodología de este tipo de escritura consiste en entablar un diálogo con lo otro, una relación con ello, sin depredarlo, sino al acogerlo, entablar amistad; al estar bien con el mundo vendrá lo otro. Esto permite la escucha, el respeto, la solidaridad ante lo distinto en nosotros y los demás, como, también, combatir el peor de los males que se puede sufrir: la indiferencia. Entender que somos de otro barro; la escritura y toda expresión artística se elaboran con los finos hilos de los sueños y cada quien construye con ellos su tejido.

Escribir es ser responsables con los otros, agradecidos con lo que ellos nos dieron: ¡cómo no escribir! Cuando los otros fueron aromas, centellazos de luces, relámpagos, atropellos, obstáculos en el camino, pues escribimos para no sentirnos solos, pero, también, para que los otros no se sientan de esa forma; aunque en la realidad del mundo existiera lo sin compañía de ellos, la palabra siempre dará pasos para acercarnos a ellos, tenerlos cerca como tocar la piel, aunque hubiera todo lo que lo impidiera, que nada lo permita. Dar pasos de escritura, elaborar un puente, una escalera, un océano para pasar al otro lado, llegar a ellos sin egos, sin egoísmos, sin altivez, solo con el amor, con el auténtico amor que existe, así nunca los conociéramos, aunque ellos bien nos conocieron, nos llenaron con su amor y esta es la forma de corresponder con otro amor, con ese amor que solo puede dar el otro.

Un amor indecible, que solo el que da puede conocer sin más, ni más esperar, solo la felicidad de dar. La escritura - otra o de lo otro nos hace conscientes de la necesidad de los otros, pero no a modo de dependencia, sino lo que ellos nos dejaron ha permitido el andar, un continuar. Siempre la escritura constituirá preámbulos para que otros pudieran comenzar; toda vanidad de un pensamiento totalizante, homogéneo, domesticador, desaparece y el que escribe es consciente de ello, puesto que los otros nos ofrecen sus palabras; participar de lo que dicen los otros es ser oídos, voz, piernas en el camino; dejarse impregnar, llenar, prestarse, donarse, asumir identidades y olvidarse, puesto que para aprender es necesario el olvido de lo aprendido, ahí vendrá lo nuevo; aunque transitemos en lo mismo y, sin embargo, poseer la capacidad de decirlo como si fuera la primera vez, como si nunca se hubiera oído; pues ha llegado lo otro, lo que antes se rechazaba, enclaustraba, silenciaba, tabú.

La escritura del otro es mujer, porque acepta lo otro. Escritura de las mujeres, pero no de nosotras únicamente, ya que lo femenino no alude exclusivamente a la mujer; toda restricción, oposición sexual o de conocimiento se extingue, se borran las fronteras; es más bien como Cixous dice: son formas de pensamiento que dan cabida a lo distinto; la escritura, por lo tanto, se vuelve cuerpo, porque se escribe desde la exterioridad, desde los fluidos de la leche, de la sangre, del sudor, de las lágrimas; fluidos salvajes, abundantes, escandalosos: tinta para escribir.



Figura 1. Ofrendar.

ORÍGENES: LA SOLEDAD CONFERIDA A OTROS

... Y es así como empieza todo. Con lo otro...

¿Cómo se escribe cuando se vive mucho? ¿Cómo hacer de esta experiencia saturada expresión, palabra, voz? Cuando todo es silencio, un silencio taciturno, ¡quiero henchirme en lo pletórico de mis abismos! Busco el extravío...

Soy navegante, el mar es mi origen, sin grafías de metas ni trascendencias; si es que en mí las hubiera, serían como huellas en la arena, que abrazan las aguas y desaparecen; ¡soy como ave de rapiña dispuesta a todo, pues quiero arrebatarlo todo!

La soledad creadora está en incesante movimiento, nunca está quieta, siempre curiosa, alerta, camina y así construye sus sendas, pero no para que las siguieran, porque no pueden enseñarse o transitarse, ya que son muchas.

Mi soledad brota desde mi honda oscuridad (no se debe entender como el hecho de estar sin luz, sino en el sentido de que permite la fuerza creativa, de una escritura de mujer, de forma cíclica y, de este modo, el retorno en el que prevalecen la muerte y el renacer como constantes del escribir); ella es el soplo que le da vida a esta escritura y que asiste para estar a solas con aquellas, ¡esas sí no descansan! Se pelean unas con otras, cada cual quiere participar en esta escritura; ellas, a las que asocio como una especie de personalidades, me dicen qué decir; yo solo escribo, para que se manifiesten todas de una buena vez y me dejen descansar; es lo que pasa cuando estoy conmigo misma, es un estado en el que ya no me soporto; a todas ellas se les debe dar gusto, pues son mi exceso, diseminado por todas partes, pues, en mi soledad se encuentra una afluencia, una multitud, una aglomeración, que busca las palabras que tal vez pudiese ponerlas de acuerdo. ¡Esta es la única forma que he encontrado! Solo a través del estallido de mi totalidad, que se ha lanzado desde muy alto para dar cabida a otros, que se hubiera resquebrajado desde mis alturas, quiere decir que se ha adoptado la forma de la madre (que no se debe de entender como imitación o transformación en la mujer biológica) y, por lo tanto, el parir. Es necesario parir y solo aquel que es capaz de hacerlo y sabe el dolor que conlleva es una madre. Solo ser madre es crear. Donar el cuerpo, dispuesto a la transformación, inclusive en algo aborrecible. He visto el crear y ahora mi soledad se está gestando; crece como cuando el día pasa hacia la noche, siempre de prisa; ya pronto no tendrá cabida en mi cuerpo; ahora, la sostengo y la mantengo fuerte, como las raíces de un árbol agarradas, adheridas a las profundidades de la tierra, se alimenta de mí y escribe, no tiene edad, no conoce la fatiga, yo sí...

Un día, muy pronto, me iré, y se deberá al mundo; toma de todas partes, ya se llamasen recuerdos, imposibilidades, propios o prestados, todo esto para que naciera y tuviera

existencia. La llevo conmigo a todos los lugares; nos hemos vuelto inseparables. Será como los demás, como yo, como tú, como otros, del amor de los locos. ¡Vean cómo crece, seré madre! Primero fue movimiento que palabra, engendrada a través de lo prestado, alimentada de lo abundante, ¡de eso sí que sobra, para que regale a otros! Podrá compartirse, donarse; todo aquello que es, en verdad, es de los otros, pues ese es su origen, con la promesa de devolver el doble al año siguiente; lo devuelve todo transformado. Y es así, el vaticinio, ante lo que está por cumplirse. Ahora es presencia de algo que está por ser; después será la negación, la destrucción de la que ahora le da la existencia, por lo que me dejo desasir, para que pudiera hablar, anunciarse. Necesita explayarse en mí, para entender la razón de su ser; por eso escribo...

La existencia de la soledad precede a nuestro no ser, como también el contacto con los otros. ¿Cuántas veces es necesaria la extinción para hablar, para comunicarse con los otros? El crear hace que se llegase a un nivel de intimidad distinta, diferente; es como dar a luz una estrella; es una apertura, una herida que no se cierra. En mí arde un fuego que no se apaga, me quema. Muchas veces, la escritura no trata de afirmar nada, ni defender nada; lo que se siente no es más que un delirio, un afiebramiento. ¡Cómo se quisiera que la mano fuera tan ágil como el pensamiento, para que fuera realidad! Reaparecen viejas cosas, la añeja conciencia y, ¿quién sabe, al igual que los dioses, qué otras cosas más resucitarán?

No se trata de la autobiografía o la historia de nadie; en verdad, nada puede llamarse nuestro; en realidad, nada es propio. Se trata más bien de retazos de lo prestado; nosotros somos el aire que se entremezcla, apenas sí una insinuación. Quizá lo propio solo existe en la escritura; aquí no hay terceros, solo es ella..., que se cuenta, se autocuenta. Su existencia es en la medida de lo prestado, inventado o del pasado, pues nunca podríamos hablar en primera persona y, si lo hiciéramos, siempre nos referiríamos a los otros que viven en nosotros; nunca tendremos algo propio.

Me encuentro en el exceso, la abundancia es mi desolación, de ahí que tuviera que valerme de distintos para participar de aquello que, para mí, no se puede decir, nombrar, musitar, y es que siempre habrá algo que no podrá hacerse letra, como tampoco palabra hablada; pues, ¿cómo decir lo indecible, lo inmanifestable? ¿Cómo las palabras pueden ser fieles a lo que sentimos y aquietar toda tribulación, toda unidad que prepondera, porque todavía me encuentro en la sabiduría, en lo propio?

En esta experiencia, los días son redundantes; pronto empezará a parecerse a un desierto, por el exceso. Este estado me consume como agua expuesta al sol; me carcome, me duele, me arde. El crear produce este síntoma; plena de escritura, de los muchos que me habitan, que me hacen sentir diferente, distinta, atestada. ¿Qué hacer? ¿Qué hago en medio de tanta abundancia, de tanta llenura? Sencillo, empiezo a donar. Solo podemos donar aquello que se posee en abundancia. Vaciar me del vacío es lo que quiero; es algo que ya empieza a pesar, a fatigar, como aquel que trae o lleva dones; quisiera descansar de mis dones, ¡es tiempo de donar! Que esa sea mi grandeza, mi herencia sin nombre, como esta experiencia, sin huella, libre en los otros.

En la realidad del mundo, es necesario olvidar para poder resistir, para poder vivir; de lo contrario, enloqueceríamos, pero, en la escritura, nunca se olvida; por lo tanto, enloquezco. Para mí, nunca hay un comienzo; siempre transito por los mismos caminos; errante, del afuera, donde nadie me acoge, el lugar, el espacio donde no puedo quedarme. Hierve, reverbera como el desierto; aquí no existe la renovación. El rostro corresponde a los surcos, se agrieta, “el caminar errante” en dirección hacia ninguna parte; es lo que crea el desierto, que se traga todo. Y es porque en ese lugar hay un derroche de nada, de vida, el de todos los días; debe ser que no tengo cuentas pendientes, nada que cobrar, nada que perder, por eso me he dedicado al derroche, al desgaste de todo. Al igual que el pensamiento, su naturaleza es insondable, nos corroe, nos agota, es un desperdicio de fuerzas que conduce a la nada misma, de ahí su utilidad. La nadería que te destruye y, entonces, también se empieza a ser nada.

La nada, lugar donde hierve lo sagrado; pasar por agua y fuego es necesario; crear mi soledad siempre ha sido mi alimento y mi destrucción. En este punto, mi soledad ha tomado la forma de imágenes de lo amado, de mi contagio de todo, por mi exceso de enamoramiento. Y es porque toda esta escritura es una preñez; algunas mujeres la relacionan con un estado de felicidad o de tranquilidad; pues, deben de saber que no siempre es así; a veces, da deseos de vomitar lo que se lleva por dentro. Yo siempre lo hago, porque odio la preñez. Mi preñez de nada, mi preñez de viento...

Este sentirme así es una experiencia del rechazo; es querer vaciarse de los otros, por sentirse invadida por ellos; algunos se alargan en mi cuerpo, otros revientan en mis hombros, pululan siempre por todas partes, en todos los lugares; algunos son de un descaro, que quieren que me lleve durmiendo todo el día, mientras otro quiere que cuente, cuando estamos en el bus, si al menos existen diez hombres guapos en la ciudad; mientras a otro, todo le duele, todo lo conmueve; que si va a la calle y ve a dos enamorados que se besan, llora y me dice que ¿por qué no le pasa? Que ¿por qué el amor nunca le llega?, a tal punto que evito salir, porque lloraría todo el día (para parafrasear el poema de Oliverio Girondo, de las personalidades); por eso, esta escritura es un anti-yo, un anti-sí-mismo.

Es lo que yo no soy, mi yo real tan burdo, por eso esta invención, estas personalidades, para ser lo que nunca pude ser, lo que nunca fui; es mis deseos de comunicarme, de fluir de algún modo; la que escribe no soy yo, sino otras, las que me gustaría... Esta forma de escritura, tal vez fragmentaria, zurcida en retazos, como ahora se muestra, es la única que se encuentra de expresarse y manifestar a los otros que pueblan, quienes quieran que fuesen, y así evitar que los juicios de mi mundo me alcancen y me aplasten; por eso, para escribir es necesario ser veloz, correr... más rápido incluso que los pensamientos, porque también amenazan con machacarme.

Estar en el mundo es estar habituado a que todo tuviera una lógica, una razón de ser o un significado. Se avecina en esta escritura una transformación en una auténtica mujer (en el sentido de Simone de Beauvoir, en que la mujer se debe a sí misma; inventarse como concepto y como cuerpo; también, me invento por medio de esta escritura).

Pienso que un hombre (en el sentido de Cixous, que no tiene que ver con el sexo anatómico, ni con la esencia, sino más bien con el sentido de la escritura; es decir, el discurso falocéntrico como limitante, opresor de diferentes formas de asumir y conocer la realidad, ya que este discurso mina; lo que busca es identificación, lógica, conceptualización ante lo que se conoce; lo que se pretende es dar apertura a lo otro, lo que se silencia, oprime, oculta; aquello que antes se censuraba, se ignoraba) jamás puede imaginar o percibir una transformación como ésta, porque, si no, huye. Así es, nadie la nota, imperceptible; es como danzar; la danza de una gota de agua; se desliza en un movimiento sinuoso y cae, como los gatos. Así soy, una gota en medio del agua, de la abundancia, donde todo se ha dicho, nada es oculto, todo ya se ha consumado. Escribo de tal forma que ese mismo hecho fuese suficiente.

Mi transformación, mi escritura no es un intento de producirle una llaga, ni siquiera un rasguño al mundo. ¡Jamás podría hablar de esa forma! Es una transgresión, una violencia hacia mí misma; y me duele cada paso que doy, pero, a la vez, es necesario, es una experiencia en la que no existe la comodidad; me he quemado debido a mis propios pensamientos; incinerada en mí misma, soy extraña, extranjera; mejor el silencio y es porque, en mí, ya nada admite explicación, ya no me entiendo...; no puedo comunicarme con alguien, apenas sí balbuceo palabras para evitar el silencio y es porque me encuentro en el sinsentido; esa es mi plenitud frustrada, balbuceante, siempre me quedaré en lo decible, pues la escritura y la lectura, a pesar de ser actividades humanas, es lo que saca, despoja de la humanidad; entonces, me he transformado; todos me critican por mi ser, por mi cuerpo amorfo. Ya no puedo, aunque quisiera dar explicaciones, por nada, por nadie... En mí, nada bueno o malo queda; soy un impulso, más parecido a un animal. Ya no tengo la inteligencia de la que tanto presumía; más bien soy, como muchos dirán, medio obtusa. La memoria, la noción de las cosas he perdido, por eso ya no quiero hablar con nadie. Ya nadie comprende y, ¡qué más da!, mejor eclipsarme, defenderme de mí misma, salvarme; tal vez eso fuese un aliciente.

En estos días, la lectura de un libro que me ha trastocado un tanto: el libro de Marie Darrieussecq (*Marranadas*), en el que se trata de una mujer que se transforma en un animal, en una cerda específicamente, pero sin que perdiera las características de mujer; a menudo pienso en mi transformación y, cuando lo hago, solo deseo soñar; dormir, dar la espalda, la vuelta a la realidad, ¡a mi realidad! Siempre lo hago, estoy enferma de mi escritura y mi pensamiento; deseo, al igual que esa mujer, asumir mi transformación sin tantos dramatismos. Quisiera compañía, alguien que comprendiese; sin embargo, se debe entender, la transformación solo es de uno, no caben dos. A pesar de que se habla de muchos, de la soledad, la experiencia de los muchos, aun así, el estar en compañía, siempre es estar a solas, porque, aunque ellos se avecinen, la configuración de ella es más grande que todo esto, la soledad.

Una soledad que me habita, a veces ajena, extraña, extranjera, en que aparecen sus imágenes y sensaciones como centellazos de luz, todo en una mirada, en un segundo; casi que, de repente, es como una ráfaga de todo; por eso, también, este escribir así, este pasar

de una cosa a otra sin aparente relación alguna, pero, a la vez, se torna íntima, cercana, se desplaza en búsqueda de los espejismos, existe porque se evocan las ausencias y, a veces, ¿cómo no sentirme estrujada, toqueteada por esas otras realidades extrañas que me hacen y me deshacen a su antojo? Por ser como un libro, sujeta a interpretaciones, testimonios, es un exponerse anónimo, sin nominación, una masa indiferente en los muchos, por ser quien soy; por tener que valerme de otras configuraciones para poder comunicarme y lograr que se sintiera, en verdad, que esto que mora en mí es una experiencia de los otros, a pesar de que hablase de mí, pues este estar, sentir así, es una “soledad tan concurrida”,² porque son mis huéspedes los que, sin que los invitaran, aparecen en forma de recuerdos, de invenciones, de desvaríos o de anhelos. El que ellos llegasen me hace sentir rota; me permean, me atraviesan, hacen huecos que no se pueden rellenar ni con las carnes, ni la tierra, ni los sentimientos; yo no sabría qué hacer sin la escritura, no podría vivir con los muchos; de alguna forma, tengo que mostrar que existen y la palabra torna visible lo invisible, es el medio que encuentro para dar videncia como también tacto de su realidad al lector.

Este escribir así, al igual que los muchos que me franquean y me rebasan, es parte de mi libertad, es aquello en lo que quiero creer; detestaría pensar que ellos me llevan a pensar, a respirar, incluso a sentirme así. Cada parte de mí, ya fuese un brazo, un dedo, una pierna o una mano, tienen su propio lenguaje, su propia expresión; todas las extensiones y órganos de mi cuerpo se emancipan, todo en mí quiere dar un golpe de estado, como si se tratase de un país; imposible reconciliarlos, imposible hablar de unidad, escribir en totalidad. Esta escritura siempre será a nombre de los muchos.

¡Sí, la que acaba con todo; bastante se ha oído de esto! ¿Y con qué cosas va a terminar de una vez y por todas con la disolución de tu ello, de tu yo o nosotros, tus muchos? Hay cosas más grandes que se deben acabar; que desaparecieras es un paso de lo bastante que se debe hacer. Pues, va a decirse algo mucho peor: ya no hay tiempo de edificar los pensamientos y eso, como para hablar de alguna manera, porque, al igual que nosotros, llegan cuando quieren, el día menos pensado. No se tiene potestad ni dominio sobre ellos; hemos venido a tragar tu mundo, a ver qué se hace sin nosotros.

Solo por este intervalo de tiempo, antes de que termine el espacio en blanco y vuelvan a aparecer, me despojo de los que originan esta escritura; solo en este instante no pienso en construir, en ser una dadora, dotadora de existencia; por hoy, deseo dejar de jugar a ser dios y escribir sin pensar en los pareceres de nadie, si podré llegarle o tocarlo. Descanso de mi misma y de los otros, los hostiles conmigo y entre ellos mismos; por este momento, me doy el lujo de ignorarlos e ignorar todo. Y voy a escribir solo esto...

Me lo merezco y favor que me otorgan de deshacerme al menos de algunos renglones de esta su escritura. Ahora que lo pienso mejor, la escritura, a pesar de que es una creación humana, es la única capaz de convivir con lo que no podríamos. Yo, por este medio, eclipseo

² Expresión en el poema Rostro de vos, de Mario Benedetti. Recuperado de: <https://www.poemas-del-alma.com/rostro-de-vos.htm>

lo que no puedo vivir. La escritura no: no se vale de artificios, ni alicientes para coexistir. Escribo y es porque no puedo habitar en su entorno y, también, para ser real en el mundo. Pues este estar así despoja del propio ser, de la realidad; por eso, la escritura es un estado en el que conviene ser estratégico, en la medida en que se debe saber cómo salir, para ser real en el mundo. Esto motiva a escribir, el no arrastrar hacia el mundo a los otros que me circundan. Que este fuese su nacimiento y su morir, en estas páginas, en el espacio en blanco.

En verdad, sería insoportable, también, andar con ellos en la realidad; así, no podría vivir, con mis muchos yoes masificados, que se pasean, rondan por toda la casa; suficiente con que merodeasen en esta escritura, pero resulta difícil no identificarse con cualquiera de mis huéspedes; algunos tienen unas personalidades, que cualquiera se intercambiaría; pero los muchos no saben esto, porque se armarían discusiones interminables por saber quién de ellos predomina en mí. El que los muchos hablen sin pedir permiso alguno en esta escritura desfigura toda concepción de la soledad, más conocida como la sin compañía. En esta soledad, nunca habría tiempo para estar solo; aquí no existe tal cosa, cada uno siempre termina por ser varios; es tanta su profusión que pronto van a perderse los sentidos. Ahora entiendo que no solo la nada o el vacío se dan cuando hay ausencia de algo, sino, también, cuando todo está presente; esto es lo que produce el desierto.

En cierta forma, eso es la literatura y la escritura, el exceso de sensaciones, los sentidos excitados, preñados de sí mismos; es una confluencia de todo, en la que ya no se distingue qué cosa es esto o es lo otro. ¡El exceso de existir, el hastío de sí mismo!, que ya no permite comunicarse con nadie; ninguna voz puede llegar, tocarme y, aun así, no estoy preparada para las encendidas caricias de la soledad, pues establezco intersticios, no quiero encontrarme de frente; este sentirme así es comparable a una “insolación de ser, de realidad, donde no hay una sombra acogedora”.³ Una intimidad erosionada, acelerada, gastada a tal punto que ya no se la posee; no se es más que un espacio en blanco, una superficie donde descansan los otros, sus ausencias, sus recuerdos y que se los espanta, como si fueran aves, cuando se escribe; por eso, es imposible encontrar el sentido, porque el sentido siempre son varios y, más bien, diría que la escritura es posibilidad de los sentidos, deslizamiento, mucha luz, mucha nada, pues se escribe con el propósito en sí mismo de escribir, de tejer el sentido.

Escribir de todo, porque todo afecta, pues todo conmueve, todo duele, todo sobrepasa; no se puede, después de la escritura, ser el mismo, idéntico, cuando se está en presencia de los otros. Se está tan plagado de soledades, invadido por ellas, ¡es la carencia que hace sufrir! A pesar de esto, el mostrarse, a diferencia de los demás, los temores, las inseguridades, lejos de ser los que truncan, permiten dibujar, encontrarse con el otro, entablar una conversación, pues la escritura es el milagro de hacer que viviera lo que se siente en los

³ Vicente Cervera Salinas; Belén Hernández y María Dolores Adsuar (eds.). *El ensayo como género literario*. [Murcia: Universidad de Murcia, 2005]. Recuperado de: http://recursos.salonesvirtuales.com/assets/bloques/Cervera_Vicente_el-ensayo-como-genero-literario.pdf, p. 132.

otros para ser eco, para ser voz, para asumirse como completo, sin la soledad metafísica del complemento.

Los que me rodean ven en mi soledad un estigma del que dirán, porque me asumen como incompleta, la sin compañía, proscrita a los confines donde ni yo misma pudiera encontrarme. Lo que no saben es que la soledad es una razón de ser y que el otro fuese también, pues es una herida que no les concierne a los arquetipos del mundo. Esta soledad tiene canto, voz de los otros en mí, de lo inhumano, del *daimon*, de lo natural, que lo ordena, que le da sentido a todo. Un sentido que yo no entiendo, pero la soledad sí lo hace. Y es porque esta soledad ha saltado sobre mí misma, es algo más grande, mayor que lo sabio; es la posibilidad de comunicarse de otra forma, pero el yo es a veces tan grande que no se escucha. Por eso esta escritura no es una reflexión sobre nada ni nadie, no persigue las imposiciones, el poder. Todo sobrepasa, todo desborda. Se siente que pronto se va a dejar de escribir y, entonces, sí vendrás tú, vendrá lo real, lo verdadero, lo importante, el vacío, el silencio, la nada que se precipita y que tanto temo.

Y es que, en cierta forma, se quiere estar ahí, se quiere estar en su construcción, en su nacimiento, pero, como madre, es la única facultad que una puede adjudicarse; se dice que en el momento en que yo partiera, en el que decidiera irme, allí serás. Por ahora, estos son ensayos, simulacros de un adiós que no se desea que llegara, pues serán los últimos estragos y dolores del propio ser. Luego, será lo mismo. Se da lo mejor de sí; aunque no se tuviera más para dar, se da todo, hasta que el corazón se hiciera callo. Solo así ya no dolerá, solo en ese momento se estará dispuesto a todo. Por ahora, se da de aquello que se ha ido, de las carencias. Es necesario que fuese así; para construir es necesario derruir, evocar miles de veces hasta que el recuerdo fuese inútil, se desgastase y ya no doliera más. Por ahora, esto es un afiebramiento en que, en momentos de lucidez, se alcanza a pensar en lo que, en verdad, importa.

Después, lo mismo, los gritos, los silencios, las lágrimas; también, las palabras hirientes; el pensamiento a la velocidad de la luz, tiene que ser así, pues la escritura implica una apertura de sí mismo y es el hecho del desmembramiento lo que duele y hace que nos llevemos mal con el mundo, con los que nos rodean, ya que, si fuera en sí y por sí misma, ¿cómo la concebiría? Sin embargo ¿cuántas veces es necesaria la extinción, el acabamiento? Ser uno mismo es la idea, pero ¿cómo serlo, cuando cada quien es varios, fragmentados, desperdigados por todas partes?

Esto es lo que implica escribir, la segmentación; inclusive un volver a abrir los mismos caminos y sensaciones y percibir todo con una mirada nueva, distinta; es un estado del inacabamiento, del nunca terminar, pero hoy me siento distinta, sí. Saludable, hermosa y, ¿por qué no?, también poderosa. Ahora que lo pienso, siempre he sido plena en todas mis etapas, incluso ahora cuando me deforma la escritura; este es el cuerpo que se ha tomado que, cuando lo miro en el espejo, no lo reconozco. Hubiera querido crearla en otras épocas, cuando era jovial. Ahora, todo es distinto, pero no me quejo, es nuestro tiempo. Es mi vicio de perfección que fuera mejor que yo; esa es mi fuerza, mi vitalidad; aunque me lo

reprochasen, no importa si se tiene que pasar por la invención miles de veces, puesto que es esa mi función: la creación perenne, la quiero perfecta, bella, una anti-yo, una anti-mi-misma; quisiera protegerla de todo, de la demolición, del acabamiento, del devenir del mundo, porque nadie en este lugar entiende qué es tener lo propio ajeno.

Me asemejo a una bolsa o a un saco, siempre en la recogida de recuerdos en todas partes, en los lugares en los que se ha estado; incluso así fueran ficciones y no tuviera en la memoria la experiencia generadora de un recuerdo, eso no es impedimento para pasear, caminar por ellos, reunirlos. El que me asemeje a un saco y estuviera repleta de ellos no es lo que el ser anhela; el vacío es lo que busca el corazón y, si es que acaso así lo fuera, constituiría una llenura de viento... De nuevo, la nada, lo invisible, la molestia de los demás por mí, porque quieren que fuera lo que ellos quieren que sea les resulta grotesca; ven reflejado en mí todo lo que repudian de sí mismos. Y no los juzgo, pues todo me conforma, hasta lo que rechazo y me avergüenzo; este sentirse así agobia, encierra; ya no se ve y siente casi nada, salvo las mismas sensaciones, la misma quietud que se apodera, los mismos dolores y sinrazones que llevan a estar aquí, en este mismo lugar, sin moverse; respirando su aire, ¡salgo corriendo!, pero siempre vuelvo al mismo sitio.

Creo que me siento más segura así, no me atrevo a explorar algo distinto de esto; hasta a la tempestad uno se acostumbra, pues lo que siento no tiene piso, es de nadie, así ya no se entendiera de razones, ni sensaciones. Es difícil hablar cuando hay tantas interferencias de todo lado y una quisiera decir tantas cosas. ¡Ojalá lo que escribo fuera solo eso, escribir!; fuera la más tranquila de todas y la mente estaría serena, pero, ante tanta incomprensión, una no puede evitar que le doliera, que la hiriera. Escribo a esa presencia, a pesar de sus pareceres; aunque pareciera todo esto irrisorio, pues estoy tranquila, porque escribo a pesar de mucho, de todo; tampoco sé si esto vale la pena, menos si tiene algún sentido, pues se debe decir que, en el ejercicio de la escritura, muchas veces su hacerse no tiene sentido, ni sentidos y es inevitable el estar arrojada a merced de nada. Hoy me confino en la orfandad, como siempre esa presencia lo ha vaticinado; de novedoso no tiene nada y menos si ya se lo han anunciado.

Sigo estos rumbos, pero no los míos. Esta soledad crece en mi cuerpo, me invade. ¿Cómo asumirla en el mundo? Estoy cansada de oírme, por eso he invitado a otras voces, a los otros; aunque se abrieran nuevas —viejas— heridas, pues conocer lo que mora en el interior es una de las experiencias más desgarradoras que se pudieran vivir o, al menos, así es la mía. Y es que ¿cómo escribir sin que la palabra fuese un poder, un poder en el mundo?, ¡si las palabras en la soledad se abrasan, se consumen!

La escritura es una de las actividades más inútiles. Las palabras no ayudan, no son vastas, no expresan lo que verdaderamente se siente: este contagio. Y es porque las palabras no aman, no sienten, a ellas no les duele; si no tal vez estuvieran vivas. Por eso, esta vez deseo no hacer nada, porque es eso lo que quiero y sé mejor hacer..., pues ahí, en la renuncia de todo, de lo conocido, ahí empieza la existencia, lo verdadero, el origen. Abrir otras nuevas,

distintas esperanzas. Un habla solitaria, como el entorno de las dunas, fragmentaria, la disolución de aquello que ahora parece indestructible, impenetrable.

Es necesario tener un propio comienzo, precipitado, inmaduro, pero lo cierto es que no puedo cargarme en, conferirme a, otros, que esos otros cargasen con mis dolores, mis inseguridades y menos con mi soledad; ¡no se la entrego a nadie!, me aferro a ella como a ninguna, ¡no hay de otra!; hoy voy sola, sin compañía, aprendo a transitar para, luego, pasar de largo, sin detenciones, ni pausas, pues ¿quién es capaz de dar la vida, conferirse a los otros, por crear? Yo sí y la escritura también, por los que vienen, los verdaderos; por los que, en realidad, te crean, cuando te sientan y te vean.

¿Cómo establecer lazos sin tenerlos? ¿Cómo ser una sola dermis?, ¿a qué lazos recurrir para que se unieran (lector-escritura)? ¿Cómo hacer para que la percibieran? Escribiré palabras puntiagudas como riscos y cuando pase por aquí se desgarrarán sus bordes, quedarán enredados en la trama de la escritura; entonces, seremos cómplices.

Una complicidad de sangre; nos unirá la herida, pues cuando llegase el momento, tomará la apariencia de un brazo, de un tentáculo, tal vez de un cordón umbilical, para que hubiera un lazo, un nexo, solo para que te sintieran, te vivieran. Sin apegos ni trascendencias, si alguna vez pudiera llegarles o comunicarme, pues bien sé que, por el hecho de que esto fuera importante, sagrado para mí, no quiere decir que para ellos también lo fuese. Por eso, el cómo vieran e interpretasen la escritura no depende de mí.

¿Cómo nombrar mi soledad? Esta experiencia, que no se puede denominar, musitar; apenas sí balbuceo para evitar el silencio que duele y arde; sin embargo, eso no quiere decir que no le pudiera dar un nombre; de aquí en adelante los otros darán un nombre a este *encuentro*; para evitar este silencio mudo que desgarrar, no quiero oír más, he perdido la mirada, los oídos, los sentidos; esta experiencia lleva a que me confiriera a mis huéspedes, que son mis oídos, mi voz, mi lazarillo hacia lo insospechado, para marchar en dirección hacia ninguna parte. Yo solo, en esta experiencia, puedo escribir el trance del caminar. Traerlos hasta esta escritura es referirse al vacío, es delinear el contorno de las ausencias, que son presencias y existencias, tan ciertas como lo real, como el mundo.

Me encuentro tan llena de enigmas y de sombras, que son como un rótulo en el cuerpo; el escribir no aminora el sentirse así; al contrario, lo acrecienta; algunos son tan agudos que perfectamente hasta podrían sacar un ojo; otros anchos, amplios, que invaden todo con su presencia, amenazan a esta escritura para que solo se escribiera sobre su sentido, aunque esto pareciera que poco le importase a ella, pues se enamora de ellos, como también yo. Por eso, tal vez dejamos que nos invadieran. ¡Es de un ego! ¡De unas ínfulas!, que quiere que nos llevásemos hablando sobre él todo el día. Inclusive ha dicho que hiciéramos un capítulo de esta escritura, donde solo se hablase sobre su presencia.

Creo que no solo en anteriores etapas se ha sentido la quietud. No. El que existiera este huésped también produce este síntoma, al pensarlo y crearlo; emerge en todas partes, en los límites de la locura; es una de las presencias más profundas, que se manifiesta en esta

experiencia; su ser aroma todos los lugares de esta escritura, para transformarlo todo en un cúmulo de imposibilidades.

Otros, en cambio, son casi imperceptibles; son los más peligrosos, porque se adhieren y se camuflan en todas partes, ya fuese en las paredes, en las cortinas, sobre todo en los espacios en blanco de cualquier escritura; por eso, a veces se produce el efecto del todo lleno, del todo ya se ha dicho, aunque otros se las dan de médicos o de curanderos, con especialidades casi mágicas que, en la realidad del mundo, no existirían. Óigase lo que dice uno de ellos:

—¿Cómo ganar? ¿Cómo conquistar los recuerdos? Como quisiera extirparlos; tal vez pudiera especializarme en esto y, así, todo aquel que no pudiera vivir con los suyos me buscaría; harían una gran fila y me reconocerían como la amputadora de recuerdos. Tal vez separarlos, seccionarlos, como si se tratase del miembro de un cuerpo, mediante la supresión de la parte afectada, solo como última medida, para que no llegase el recuerdo e infartara el corazón. —Lo dice por aquel que huele a recuerdos y tiene unos tantos de ella pendientes de un perchero. Aquí, en esta escritura, apenas se lo menciona; no se desea que, como a ella, se los robasen, para que, en una de esas noches, que le gusta tanto ocultarse y la oscuridad se confunde con su sombra, arrebatase los míos y los hiciera vivir como si fueran nuevos, como si no me fueran propios, como si se tratase de una experiencia nunca antes vivida.

El dolor que ella padece es su alimento, su sustento, como animal carroñero que se nutre de sus cadáveres, de los pedazos que arranca a picotazos de su cuerpo y los que ella se ha arrancado para salir más pronto de su dolor y quedar en esqueleto, sin carne; ¡que me comiera el dolor, el cuerpo y la vida, también!, repite a cada instante; pues es esta su letanía, su legado a esta escritura.

Y, por último, un viajero, que peregrina en esta escritura, en esta abundancia; su ser es como referirse a un símil que se desplaza en estas palabras en busca de un lugar donde pudiera encajar; hace las veces de una coma, de un punto; sobre todo, de unos puntos suspensivos; es donde mejor se halla y siente que forma parte de un todo. Muchas veces lo he encontrado usurpando el lugar de otros signos ortográficos, para detener el transcurrir de esta escritura. Que ese fuera tu destino, el de viajar, el de merodear siempre en estas páginas.

Ahora entiendo mejor la naturaleza de los otros; son soledades tan ajenas como propias que, aunque convivieran con nosotros, son independientes; tienen su propia forma de ser y de existir en esta escritura. Algunos no se encuentran aquí por eficacia, para tal vez mover o sacudir al lector; su finalidad, por decirlo de alguna manera, es ser o estar, pues se dan aires de celebridad o de grandeza, que consiste en que los leyera en esta escritura. Yo, también, al igual que ellos, me doy esos aires, el que fuese una realidad su encuentro. Sin embargo, esto me mantiene flaca de ser, de existencia, en los huesos, como estas palabras que, a veces, me pregunto, ¿a quienes podrían alimentar?

En estas circunstancias, he aprendido a saltar, para que, algún día, ¿quién quita?, pudiera volar por encima de la dificultad, de lo sin salida, diluirme, fluir, para decir otras cosas, para hablar de distintas maneras. Por ahora, en el presente de esta escritura hablan mis ausencias, que todo lo llenan; se trata de una vivencia de un tiempo distinto, subalterno, no el de los relojes, un tiempo que nunca se detiene; mi rostro es el de las parcelas, el lugar en el que se albergan las semillas. Es hora de la siembra, sin profundidad, lo interior o lo íntimo, donde pudiera crecer esa semilla, arar sin finalidad, pues muchas veces lo que se escribe hoy y parece verdad, pudiera que en el mismo instante ya no lo fuera, Súbitamente cambio de parecer sobre algún pensamiento, nunca confío del todo en él, ya que se escribe en un presente fugaz, en el que todo se pierde; se escribe en pleno movimiento.

Por eso, si preguntaran ¿cuál es el objetivo de esta escritura?, se dirá que ninguno; en nada incido, el oficio es escribir, de modo que se es solo un instrumento; es como si este texto se escribiera por sí mismo. Llegan ideas a montones, en llantos, la abundancia de mis pensamientos, tantos como estrellas en el firmamento; ya no estaré más a oscuras; mi ser pertenece al riesgo de ese movimiento soñado, pensado más que escrito. Inevitable no sentirse vulnerable; en la escritura, la soledad nos hiere y nos mantiene “heribles”, sin remedio.

La escritura siempre ha sido el síntoma de esas heridas que le dan el sentido a esta soledad, en la que solo existe amplitud, expansión, extensión, el espacio en blanco hasta donde llegan los otros; por eso, escribir es una forma de cumplir consigo misma y con los otros, en lo que, en su mayoría, en cuanto a su naturaleza, corresponde a acariciar, por medio del recuerdo, lo perdido, que solo existía en la memoria, porque se ha querido vivir el ya de esta experiencia de los otros, nuevamente; por tanto, en la soledad solo se puede hablar del pasado, de la experiencia del mundo, a partir de algunas de las soledades de aquellos que se ha leído, al igual que la mía, que residen en lo perteneciente al ayer, puesto que en la soledad no existe futuro, salvo para los que leen; para ellos, sí.

Hablar de soledad es hablar de nadie; no es más que una forma de decir las cosas; siempre se intenta reducir lo otro a lo mismo, a lo conocido; de apresararlo, de momificar lo diverso en un rótulo único, pues somos cercanos del nombrar, no de dar un nombre. El lenguaje de las palabras es un secreto, silencioso, del no-poder; ya no es una violencia ejercida sobre otro, pues escribir es saberse otro; el tratar de que le llegase a alguien, de algún modo, aunque no lo conocieran, esa es la labor de la escritura. El escribir así no quiere decir que se tratase de una especie de confidencia; se sabe de antemano que escribir no es testimoniar y, en últimas, se confiesa escritura; aquí, es muy difícil transigir, no con los demás, sino conmigo misma, por eso la única y última lealtad radica en batallar con los propios pensamientos, que se abrasan, se despeñan, se atomizan, se rebelan.

Mientras se siguiera considerando que escribir es una forma de difundir ideas, no puedo evitar que, cuando estoy escribiendo, me cayera, pues mi escribir se genera a tropezones, con verdugones que siempre se verán en esta escritura; y mucho menos que mis pensamientos traicionasen lo que se comprometen a ofrecer y, aun así, aunque se tiene esta

intuición, no se logra expresar las cosas de otra manera; no digo... en palabras más elevadas, más profundas, sino algo distinto de lo que se conoce como saber; todavía no se logra que estas palabras, lejos de ser aquellas que expresaran ideas, fuesen las grafías de un cuerpo, de mi cuerpo, que se viera en esta escritura.

Se cree que a esto debe llegar toda escritura, a ser al menos un gesto que todo lector pudiese ver; lograr que se viera, para que no bostezasen; por eso, esta escritura siempre se encuentra en vigilia, atenta a lo que pudiera decirse de ella: “ella es curiosa de lo que va a contar, lectora suya o más bien de su narrativa”;⁴ a ella nada le gusta; ningún pensamiento le parece lo suficientemente profundo o importante para que apareciera en ella, lo que la pone de unos genios, hace unas rabietas que, con un grito pone a todos, tanto a mí como a los huéspedes, a vaciar este espacio, al decirme que se expresasen mejor los pensamientos, y a los muchos a que acomodaran cualquier letra torcida que yo fuera dejando cuando escribo; se la debe entender, ya que se prepara para el momento en que se encuentre con los otros (lectores).

Este escribir así lleva a que estos pensamientos quisiesen reventar, explotar, mientras se contuvieran en el margen del papel, de la formalidad, de que si esta forma de presentarlos coincidiera con la construcción conceptual o estructural de lo que debería de ser, porque se asume que el escribir es más que profundizar, ahondar, incluso dar respuesta a algo; aquí, se trata de un contagio que no sé si se lo debiera asumir como una dolencia en la escritura, pero sí estoy segura que se trata de una epidemia, de los sentidos, que muchas veces va más allá del hecho de estar escribiendo, porque se vuelve una manía de estarse reportando, rindiendo cuentas. Se escribe al ritmo de los sueños, que no se ven en grafías de escritura. A ese movimiento pertenece esta soledad que, aunque no escribiera, siempre se la piensa; la soledad nunca descansa, yo tampoco.

⁴ Macedonio Fernández. *Museo de la novela de la eterna*. Buenos Aires: Centro editor de América Latina, 1975, p. 80.

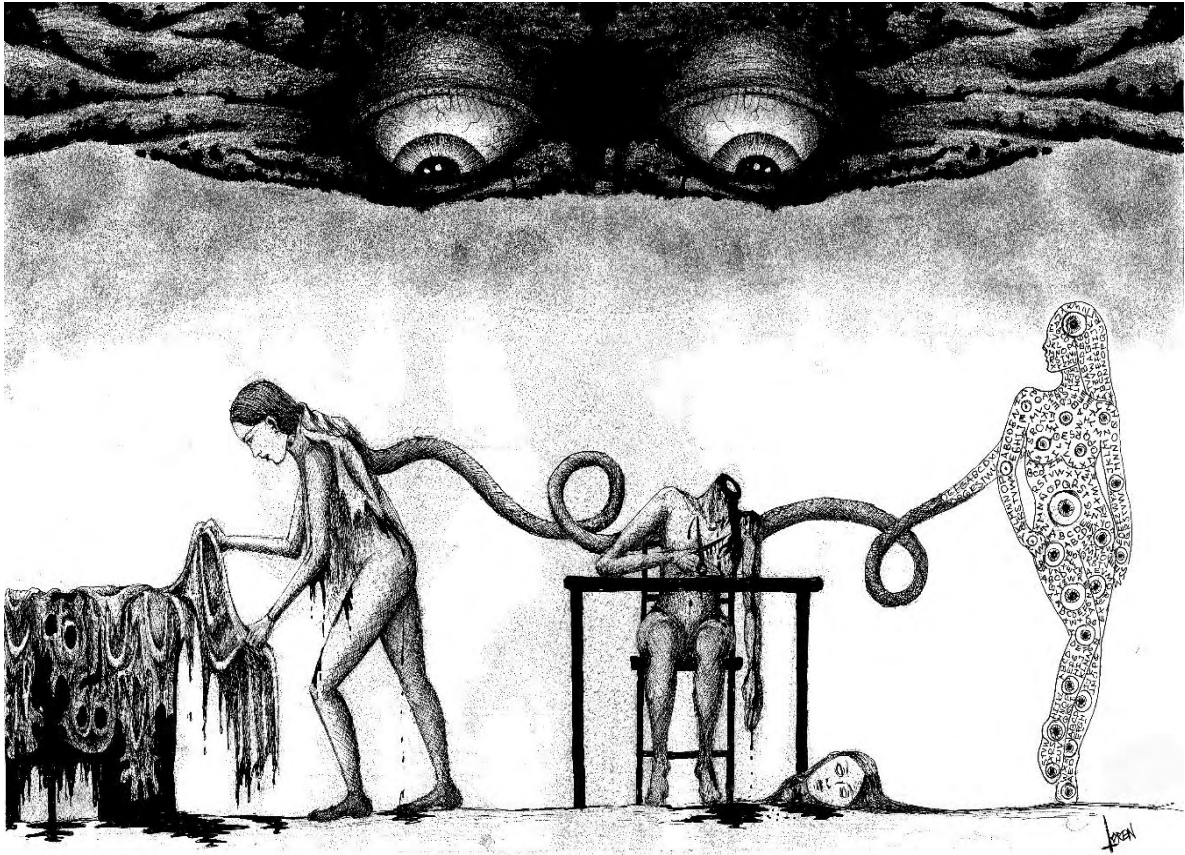


Figura 2. Encuentro.

ESCISIÓN, DESDOBLAMIENTO: LA ESCRITURA, LA ESCRIBIENTE Y YO

Nunca hay tiempo para estar solos, cada uno siempre termina siendo varios.

¿Quiénes somos? ¿Cuántos somos? Escribir es hablar de otra manera; ya no como un todo completo, sino en fragmentación; muchas voces y, en medio de todo, ser tal vez, en la disolución, el único modo de poder encontrarse, aunque fuese por partes, y armarse de retazos.

Cada etapa de la escritura es distinta; se lo puede decir; creo que lo más difícil es dar el ser a la escritura y ahora ya es y me alegra. Cuando nos encontramos en calma, es poco lo que se puede expresar (la herida es la única forma de hablar; que hable el cuerpo, ya que en la comodidad es como no existente). Salvo estos huéspedes, a los que todavía se los evoca para no sentirse solo, siempre ha costado desprenderse, empezar en otros comienzos y, ahora que se piensa en los muchos, en *la soledad conferida a otros*, es difícil desapegarse cuando se ha estado con ellos por tanto tiempo y, también, porque a algunos de esos muchos se les ha tomado cariño. Ahora, empieza otra distinta forma de hablar, de expresar la soledad, una soledad en escisión, en desdoblamiento de mi misma.

Y no es porque ya no se tratase de una soledad de los otros; la soledad y la escritura no pueden ser de otra manera; todo en ella es un repliegue, hasta en sus gestos; así sea uno siempre, hay en él un doble o un triple, pero ese ya no es mi tiempo, ya no es el de los muchos que llegan a esta escritura para poder expresarse; ahora, mi condición es ser otro; es el momento para que mi otredad cobrara vida y para dar vida a las que están por venir.

A veces nos somos desconocidos; ya no sé quién soy, no pertenezco a estos pensamientos; en mí, todo es un conjunto de ficciones para no sentirme sola, si es que, en verdad, se puede sentir de esa forma; nada nuevo ocurre; todo, ya fuese vivo, inerte o de cualquier tipo de

naturaleza, quiere entablar una conversación conmigo y son tantos que no tengo tiempo para oírme. En esta escritura, mis personalidades son tan reales que yo, ante el mundo, parezco una ficción; amenazan con salirse de este espacio, para encontrarlas, cualquier día de estos, sentadas en el parque, mientras leen acerca de sí mismas en estos escritos, que acaban de tomar sin permiso y, tal vez, para sentirse identificadas con otras personalidades, o inclusive encontrarlas en el baño y que me dijeran:

—Oye, préstame tu cepillo de dientes, que el mío se perdió! —o llegaran a altas horas de la noche en puntillas, para que no sintiera su tardanza, pero, por ahora, andan conmigo; me es difícil ser así; no puedo hablar con nadie, ya que cualquiera de ellas quiere ponerse en mi lugar y dominar en alguna conversación; se intercambian, se alternan, incluso para confundirme; algunas surgen a partir de un nuevo pensamiento; no puedo decir que alguna desapareciera; más bien diría que se aquieta y que reaparece cuando vuelvo a ese mismo pensamiento, pues nunca desaparecen, solo cambian de perspectiva.

Incluso cuando se escribe, se genera la sensación de que son los pensamientos de alguna personalidad de turno, quien decide qué se debe decir aquí, al imponerse a otras, que también tendrán algo que expresar; legiones de ellas me habitan, tantas que perfectamente podría constituir con ellas poblaciones enteras, con todo y sus edificaciones y, si tal vez realizáramos un censo para conocer cuál es su número, nos resultarían incontables, irregistrables, incensables. Mis singulares yoes, tan distintos todos; los otros del yo son posibilidad de ser de otros modos; siempre me pasa que alguien se enojase conmigo por algo que dijese o callase, pero no se puede enfurecer con toda mi persona, sino con alguno de mis yoes, que seguramente metió la pata; es difícil acallarlos; muchas veces se me salen, como si se tratase de un hipo, pues el ser varios desborda cualquier sentido, lo disuelve.

Siempre vago en los mismos pensamientos; los materializo, los revivo de muchas formas y maneras posibles. A veces, esperar algo distinto, una reacción, algo sorpresivo que cambiara su curso no resulta algo tan bueno, porque pudiera ser que nunca llegase.

Todo esto que escribo me hace sentir como si me hallara en mi etapa anterior, de pensamientos, de imágenes que siempre se entrecruzan, sin relación alguna. Aquello que veo, siento y palpo, para mí es un motivo de escritura, de mucho pensamiento, tanto... que algunos de ellos me mantienen recostada en la cama, inmóvil todo el día y no permiten que me dedicase a otra cosa que no fuera más que pensarlos de todas las maneras posibles en que se pudiera pensar un mismo pensamiento.

Es imposible desarraigarme de esto; todo me conmueve; imposible que hablara de una sola cosa. Esta forma de ser dispersa, con fragmentos de mí por todas partes, en el techo del firmamento, en los confines, en las profundidades de la tierra, me lleva a creer que todo cupiera y tuviera lugar en esta escritura; hasta el polvo en los libros, los revuelos de un lado a otro de una mosca, me llevan a pensar en ello durante horas y a escribirlo, como ahora lo hago.

Debe de ser, supongo, que mi mente y mi persona resultan holgazanas, ociosas, que no tienen nada más que decir, sino referirse a los revuelos de una mosca; siempre pasa, todo me distrae, todo capta mi atención; me la llevo soñando, ya fuera dormida o ya fuese despierta, para agotar en esos pensamientos muchas de las horas del día; es como si de estas cosas tuviera sus venas, sus nervios, que llevan a que me fuesen tan familiares, tan cercanas, tan íntimas, que una multitud de esos pensamientos aletean, como si se tratase de aves o, en su movimiento, como si se tratara del caminar, y que los pensamientos se quedasen en la suela de los zapatos y en el pavimento de las calles, donde pudieran encontrarse con otros pensamientos, aquellos que han pisado o que se les han escapado a otros.

Lo mejor de nosotros es lo que no hemos dicho, lo que no hemos realizado, lo que no se ha escrito. Por momentos, las palabras parecen fantasmas, aumentan y aumentan sus sombras por esa distancia insalvable respecto a querer decir, tal cual como nos sentimos. Medio ineficaz es la palabra que no cumple con su labor; el sentir está más allá de lo simbolizado. No crean que esta escritura es una representación fidedigna de lo que siento; cada vez que se cree descubrirme, se trata de un engaño, solamente de alguno de mis yoes que se confiesa, que se devela y eso al establecer un acto de confianza que fuese cierto que se mostrara tal cual es; la verdad, hasta yo misma tengo algunas dudas. Esta escritura es una representación fidedigna del artificio, del crear.

Escribimos sobre ese fracaso, sobre ese sentir de imposibilidad que genera la escritura; a veces, lo que digo parecen unas frases bien construidas, pero sin espíritu, sin emoción; alguna vez me dijeron que la palabra vive si está en el espíritu, pero, en ocasiones, esa misma palabra parece un pedazo de carne que se hubiera tirado en la vía; yo quisiera saber cómo se pudiera hacer para proporcionarles el hálito divino para que pudieran vivir y que no constituyeran un fingir su ser, un fingir su existir.

Siempre me mantengo en la imposibilidad, en esa distancia infranqueable, irreconciliable que existe en la palabra, al no poder dotar de cuerpo, de volumen, aquello que siento; no me queda más que escribir sobre mi encierro, porque no tengo más que decir; en mí, todo parece que estuviera entre cuatro paredes; inclusive si salgo al parque o si hablo con alguien me siento de esta forma; el mejor lugar es aquel que me permite estar conmigo misma y mis pensamientos; voy a cualquier parte con ellos.

Lo real se me ha convertido en un mal sueño, por eso tal vez escapo en mis ideas, vuelo, construyo puentes, castillos, con ellas, para hallarme en lugares en los que ni yo misma hubiera pensado. Imaginar es lo único que me sorprende y me saca de mi vida monótona; a veces, me sobrevienen ocurrencias que me hacen reír todo el día o llorar durante mucho tiempo...

Me duele este texto, porque parece que nada nuevo puedo escribir; toda mi energía e inventiva se las han llevado mis *Orígenes*; he de generar otras nuevas, con distintas esperanzas; voy a urdir otro nuevo amor, para poder continuar, porque parece que este no alcanza para tanto; es como lavar la vida, el destino que parece que tienen las cosas; todo

esto para que pudiera surgir algo distinto, como una burla a mi predictibilidad, pero nada nuevo viene a mi cabeza, ni un solo pensamiento; solamente esto, que es un detrás del telón de aquellas de esta escritura; lo refiero en secreto sobre ellas y que esto constituyese su presentación, su llegada, y, mejor, que ni lo supieran, porque ¿quién sabe qué pasaría conmigo?; capaz y que se salen de este espacio, para cobrármelas.

Además, porque con ellas habíamos pactado que su venida sería algo muy pomposo, pero, al saber de antemano respecto a mi incapacidad de realizar algo mejor, lo relato como una primera confidencia (un chismecito —dirán otros—) y confío en que ellas nunca lo supieran, porque, aunque se viera lo exterior, lo que he venido narrando, atrás de las cortinas de esta escritura, todo es un revoloteo: peleas, descuidos, como aquel de la otra vez, en que, en su negligencia, la más real de todas casi aplasta a la Escribiente, debido al agolpamiento de recuerdos y a otras cosas que trajo del exterior, del mundo y, también, cuando no se sabe quién, ni cómo ni cuándo le cogieron la silla en la que habitualmente se sienta la Escribiente, y le situaron otra que estaba en mal estado, para que se fuera de bruce; quedó varios meses incapacitada y ahí se detuvo por algún tiempo esta escritura y se quedaron en un pensar, en un soñar ser ella.

Esto también pasa en los ratos o en los estados de inactividad, de poca creatividad; ¡pobre la Escribiente!, parece que se quisiera arrancar los cabellos debido a la desesperación; ya está quedando calva de tanto pensar, de ordenar lo que, la más real, le acumulo, como si se tratase de papas, y que ella tiene que arreglar, pues resulta que es la intelectual, la brillante, la más inteligente de las tres.

Nunca podría pensar en su no existencia, porque la más real de todas es una despreocupada, vive de amontonarle, acumularle cosas en el espacio textual, muchas de ellas; es como si se tratase de un armario muy desorganizado, en una mezcolanza de todo, donde no se sabe qué es esto o qué es lo otro. Aunque la Escritura es la más desesperante, es la más vanidosa, y se la debe entender, pues ella, al fin de cuentas, dará la cara por todas. Solo por eso se la soporta y tiene a las otras como mandaderas, de aquí para allá, ya que si no es esto es lo otro; le busca pereque a todo: que este aparte no me gusta, que está mal escrito, que lo repitan, que si con esto va a salir, aunque, claro (y esto la Escritura no lo sabe), ella piensa que el llegar a ser, a existir, es el principal de los festejos, el fin último, porque, por cierto, la celebrada con bombos y platillos seré yo, la más real de todas, en la realidad del mundo. Mejor que ni lo sepa, pues se moriría de rabia, porque yo, la más real de todas, soy la que menos empeño he puesto y, además, encarno todos los vicios habidos y por haber, soy la perezosa de las tres.

YO.- Soy caminante en mi escritura, en mi propio pensamiento; a veces, impulso palabras, pateo comas y puntos cuando me siento impotente y no tengo nada que decir; juego a cambiar palabras, a traer recuerdos, sensaciones, emociones inadecuadas; algunos los traigo porque me gustan, me suenan bien al oído, así no tuvieran ninguna utilidad, sobre todo, cuando dicen que soy ociosa: ¿qué sería de ellas sin mí? Ellas existen, porque yo existo; mi improductividad lleva a que existieran, ¡como si fuera tan fácil traer tantas cosas de la

realidad del mundo!; tengo una joroba en la espalda de tanto cargar; ¡si, por lo menos, se compadecieran y me dieran el pasaje para un bus, no me la llevaría somnolienta! Son días enteros de caminar para ver qué encuentro y puedo traerles; si tuviera un auto, metiera todo esto en el baúl. ¿Será que usted, señor lector, me ayuda a cargar algo?: puede cargar este recuerdo, que no es tan pesado; zzzzzzz.

EL NARRADOR.- Como se puede ver, no es para menos y se la debe entender; ella sale todos los días a las calles y pregunta a cualquiera que se le pasase por el frente si tiene algún recuerdo que le prestase o le regalara. Ella, la más real de todas, pide recuerdos en vez de dinero en las calles, pero nadie en la realidad del mundo lo haría, porque las personas viven de ellos; los llaman experiencia, aprendizaje, memorias, que llevan a que fuesen lo que ellos son, y les dan una personalidad, pero, a veces, ¿cómo no preguntar qué lleva a que la más real de todas, la Escritura y la Escribiente, fuesen lo que son, únicas, irrepetibles, si nada saben sobre la realidad del mundo, y así hablase la más real de todas sobre el mundo, hubiera estado ahí, cuando se escribe sobre ella?, ¿esto no es acaso una ficción?

YO.- Cuando leo a otros, lo que busco es identificarme, saber que no estoy sola, reafirmarme; no puedo evitar reconocerme en sus dolores, porque también los siento míos. En cierta forma, toda existencia se compone de estas cosas, nunca se está realmente completo. Y ocurre, porque mi cuerpo es el entramado de los otros; a propósito, cuando leo *La mujer rota*, de Simone de Beauvoir, en cierta forma yo también estoy rota, tengo rupturas en el cuerpo, en el pensamiento, en el corazón. La Escritura, lejos de empoderarme, me apaga, me estropea, me consume; entonces, pienso en enajenarme, en perderme un poco de mí misma y enciendo el televisor; soy un fracaso en todo sentido, sobre nada me otorga poder la Escritura. Esta Escritura es un completo llanto, una tristeza, una melancolía constante; algo que no puedo cambiar. Sé que soy la decepción de muchos que creían en mí y que se ven comprometidos a cargar con mis fragmentos.

EL NARRADOR.- Tal vez la más real de todas persigue la perfección, la Escritura perfecta, su sentir plasmado perfecto, como si se tratara de una fotografía, pero todo es inútil; así llegara a alcanzar lo perfecto, es su perfecto, no el perfecto del mundo, no el perfecto del lector.

YO.- Una vez alguien me hablo así:

—Tú buscas la razón de tu razón; la Escritura son los caminos. La Escritura es como tierra profunda, que dará fruto en quien tenga que dar. Busca lo profundo donde no sean terrenos baldíos, pues te digo que el que vive en la palabra no está muerto.

LA ESCRIBIENTE Y YO.- La Escritura es la más fuerte de todas, la que ha sufrido la mayor de las violencias y transformaciones; la han maldecido, la han arrojado, la han tirado, pero también es lo más amado y todo esto nos ocurre porque la sufrimos, la padecemos, pues es necesario este dolor; si no fuese así, es como que si nunca se hubiese

querido aquello que se ama tanto (lo que ocurre cuando se ponen de acuerdo la más real de todas y la Escribiente).

EL NARRADOR.- En algunos párrafos, la Escritura se siente muerta y ahí se necesita del lector, que acercase su aliento, un poco de aire, para así respirar; está enamorada de él y sueña con una cercanía de labios, su mirada clavada, fija, en los ojos de la Escritura, que leyera sus palabras en susurros y en voz alta; su mayor deseo es que él empezase a soñar con ella, ya fuese dormido o despierto.

LA AUTORA.- A veces este narrador se explaya, se pierde meditabundo en otras cosas:

—No hay prisa para narrar, —nos dice; no va a la trama de esta Escritura, no entra en materia; entonces, se empieza a oír el silencio, aparece en ese momento todo lo narrable, que todo lo podemos decir en un silencio de escritura.

YO.- Para mí, ya no hay tiempo para reinventarme; para la Escritura, sí; ella es invención perpetua.

EL NARRADOR.- La Escribiente selecciona, en esa acumulación de cosas, lo que la más real le trae; es como si arrancara partes de ella para que se sirviera de eso la Escritura, pero a ella no le duele, no la hiere; al contrario, descansa de los excesos que le producen los demás, de lo que le produce el mundo.

YO.- Al delirar, en todas partes me encuentro, desbordo, lleno todos los lugares de mis pensamientos; en mi cuarto no cabe uno más; estoy tan llena, tan repleta de ellos, que es inevitable el estallar de mis pupilas; entonces, si todo saliera volando, de golpe, a las calles, ¿dónde guardaré mis pensamientos?

LA ESCRIBIENTE.- La más real se desinteresada de sí misma y de tu creación, Escritura; ella prefiere ocupar el tiempo en otras cosas y mortificarse por ellas. No creas que, porque es la que recibe todo, puede andar en dos mundos: el nuestro y el de ella; se ocupa de ti. Ella vive gimoteando por otras cosas; por lo que, en verdad, la afecta, pero luego yo y empieza a temblar; en sí, todas empiezan a temblar, pero en especial ella. La tinta roja, blanca, es mi poder; es la única forma de llamar su atención para que hiciera algo, para que se acordara de ti, ya que, de veras, resulta sofocante, desgastante, esta creación nociva de estar escribiendo.

EL NARRADOR.- La Escribiente a veces le musita cosas a la creación (la Escritura), que no se le alcanzan a entender; el lector tendrá que centrar un poco más la atención, muy junto a sus labios, para saber qué es lo que dicen; el lector debe ser sigiloso, muy cuidadoso, no vaya a ser que estuvieran conspirando en contra suya y le salieran con que diese cinco saltos si quiere ver el siguiente capítulo, o veinte lagartijas encima de la Escritura si quiere ver el próximo párrafo, aunque puede ser, y se advierte al lector, que fuese una alianza de la Escribiente y la Escritura para estarle más cerca; a ambas les gusta conspirar, inventar laberintos, encrucijadas y, además, como ya se le había dicho con

anterioridad, la Escritura está enamorada y no escatimará, ni ahorrará esfuerzos para que sienta lo mismo por ella.

LA ESCRITURA.- Este narrador me empieza a caer mal; comienza a estorbar, a cansar; husmea por todas partes, previene al lector, le cuenta lo que va a suceder después, desbarata estrategias que, con mucha anterioridad, se habían planeado, y no se da cuenta de que, a partir de la trama, el suspenso con que se manejasen estos textos, se lo va a mantener interesado y, de paso, para que a él mismo también lo leyera. Pero ¿qué pasaría si al lector se le cuenta, en pocos párrafos, lo que va a suceder? Bueno, en ese caso es probable, y esto no lo digo yo, otras escrituras ya me lo han dicho:

—Aprenda de la experiencia, m' hijita; el que no oye consejo, no llega a viejo; si lo que usted pretende es prender al lector, a que piense en usted hasta la última letra, inclusive después de que la leyera, esté segura, m' hija, y, eso sí, póngale la firma, que a la que suelta prenda, la que da todo en la primera cita o, en este caso, en la primera lectura, el lector le pierde interés e inmediatamente se marchara en busca de escrituras que le resulten más atractivas; él ama el misterio; esa es su debilidad, pues todavía no se acostumbra al todo amor en una ojeada de lectura; si se le da el todo amor, colapsa.

LA ESCRITURA.- Yo, aunque escrita, perduro en el lector durante el tiempo de lectura.

CLAMOR DE LA ESCRITURA, LA ESCRIBIENTE Y YO, LA MÁS REAL DE TODAS.- ¿Cómo combatir su olvido de lector?, ¿la muerte en una terminada de lectura?

AUTORA.- Me dirijo al lector: ¿qué le gustaría aquí que se mostrase, que hemos ignorado? ¡Vamos, todas asuman sus posiciones! ¡Siéntense bien! ¡Derechita, como le enseñé, Escribiente! Vamos a empezar. Le ofrecemos esta garantía, lector: puede detener este ejercicio, si así lo estima conveniente y dar las indicaciones que considere; le damos la potestad, dirija esta Escritura; incluso puede tomar el lugar de alguna de ellas, si no hace bien su papel, y haga todo como usted lo piensa; nuestro único interés es decir lo que usted quiere que se dijera en esta escritura (guiño de la Autora a la Escritura, a la Escribiente y a mí, la más real de todas y a la Escritora para que quede en la potestad de esta escritura).

NARRADOR.- A esta Autora le gusta moldear, condicionar el cuerpo de los personajes de esta escritura, para producir personajes útiles, eficaces; para el lector, siempre el punto el blanco será el cuerpo.

AUTORA.- ¡Pero qué cosas dices, Narrador! ¡No admito que me difames ante el lector, que tergiverses mis palabras! Bueno, cuando hablo de siéntense bien, como le enseñé, no me refiero a lo habitual, sino a un sentarse al modo de los sueños, flotante, delirante; la vida de la Escribiente es desmesura; en ella, toda vida es posible. Está bien, narrador de ensayos, haces bien tu papel, porque es el menester de la modalidad en que se presenta esta escritura, pues en el ensayo todo es válido; caerse, hablar en el error, aprender de ello; nada se ha creado sin el intento.

NARRADOR.- No te preocupes, Autora; el verdadero trabajo de esta escritura no es el ejercicio de escribir, sino cuando haga su debut ante el lector; entonces, te darás cuenta del error; presentaciones y estrenos infinitos de escritura, para que funcione y empiece a pasar algo en el lector. Te digo un secreto, Autora: no es que se terminen las cosas, uno abandona.

LA ESCRIBIENTE.- Este narrador entorpece la lectura apacible de esta escritura; me molesta que lea y comente lo que escribo sin permiso o autorización alguna; la otra vez lo encontré dizque arreglando mis textos, que porque así a él se le facilitaba leer mejor.

YO.- Algo que tenía que hacer, inventar, para que dejaran de fastidiarme las primitas ESCRI (tura) y ESCRI (biente), que siempre se quejan de mí; la una, que estas palabras no me lucen, que no me combinan, y, la otra, ¡que si no más esto pude traer del mundo! Pues es este el AZ bajo la manga, que ellas no tienen, que es el desdoblamiento; a veces, pienso que no solo somos tres las que hablan en esta Escritura, sino que parece que hubiera una cuarta, que tal vez no se deja ver en grafías de escritura, ese algo que no se deja inscribir; ya que todas parecemos de ficción. Por momentos, como ahora, me siento una más, alguien externo, de afuera, una observadora, una testigo, que puede verlo todo y comentarlo todo.

EL NARRADOR.- A veces, la Escribiente se pregunta a nombre de quien se firmará este texto; entonces, diré que a nombre de la Autora, a nombre de todos, porque todos lo conformamos: son los otros de la palabra, los otros del yo, todo eso es el autor.

YO.- Antes, ante la Escritura, bajaba la mirada para observarla; ahora, alzo la vista, como si tratase de ver el cielo, para verla. Pensaba que el crear implicaba bajar la mirada y escribir; ahora sé que el crear implica ser un personaje en ella; a veces, pienso que estar en esta Escritura significa no vivir.

Mi insania se expresa en el hecho de pensar mi vida en la literatura, tomar decisiones en ella y ver a los demás de esta manera. A veces, por momentos, creo que conmuevo, penetro en la estabilidad intempestiva, fragmentaria, de esta Escritura, para ser no más que un ensueño de lo que tiene vislumbres de lo real, de la vida. Todas consisten en “un soñar ser”; no por el hecho de que para mí son mi vida, son vida; son “sus vislumbres”.

LA ESCRIBIENTE.- El Narrador siente que su existencia se expresa al leer la narrativa de esta Escritura..., aunque podríamos prescindir del narrador, si sigue en la tónica de revisar sin premissos los borradores de la narrativa de esta Escritura.

EL NARRADOR.- En la Escritura no existe el tiempo, que nada es en ella; entonces, no hay olvido, ni debilitamiento; en ella no existe la muerte; solo existe muerte para los que viven, porque olvidan. Inaprensible vida; escribir para no olvidar, para colmar el olvido de los demás; aunque en la realidad del mundo así sea, bendita no muerte en la Escritura y cruz, porque en ti todo será perenne, pues se le olvidó a la muerte morir en la Escritura.

La más real de todas, ella casi siempre se confunde con la Escribiente y es que, tal vez, ya no es tan real como aparenta; lo que quizá la distingue de las demás es su cuerpo; un cuerpo

estático, en que su mente escapa en cualquier tipo de pensamientos. Ya que le resulta difícil sobrellevarse, quisiera que su morada fuera esta Escritura; no soporta tener un cuerpo, quiere ser como las demás apenas presente su cuerpo, un cuerpo que suda, que siente, que llora. Es un llorar por dentro, seco, sin lágrimas, porque se estrena para ser personaje en esta Escritura; a menudo piensa, en ella, con sus movimientos redondos, ondulados, curvilíneos; un ritmo, en definitiva, y es que para escribir se debe saber danzar.

YO.- ¿Cuánto es real y ficción en mí, la más real de todas? Quisiera ser un personaje en la Escritura, porque es la única forma de alcanzar la soledad, y es jugando su juego; por eso, maniobro para tomar la forma de la conciencia en ella; es la única forma de un acercamiento más íntimo, más inmediato y adoptar al aspecto de realidad ficcional, quedar en condición magra, esquelética, perder en la realidad del mundo los kilos, resignarse a ello...

EL NARRADOR.- Tu ser no es enteramente de aquí, pero tampoco del mundo; parece que ella, la más real de todas, ya no es tan real como se muestra; parece que proviniera de un sueño; del efecto de un soñador, al que el agua ha devorado, lo ha sumido, y el fuego lo ha consumido; imposible pedir que se identifique, que se nombre: ¿acaso será usted, lector, el que empezó a soñar con y en esta Escritura? ¿En su encuentro? ¿Darle un nombre a su encuentro?

LA ESCRIBIENTE.- Yo soy más real que ella, la más real de todas, que la realidad: ¿en el fondo, qué es real? Acaso esto que escribo no es real como el mundo; el mundo no es invención de realidades; ¿el cuerpo no la siente, no se alegra, no se resiente cuando está en presencia del devaneo, apresado por la Escritura? ¿El cuerpo no enferma cuando se está así por tanto tiempo? Entonces, ¿qué connotación merece la realidad? Solo vivir es real. Soy la tejedora de sueños, los elaboro; es tanto mi amor por estas realidades, por el encuentro; ese es el nombre que se le ha querido dar a la soledad.

YO.- Aun así, definiendo mi realidad; en mí, la única realidad es la constante mutación de lo real. Solo puedo concebir a la Escritura, como la Escribiente, como una mujer dispuesta al amor cuando hace el amor.

EL NARRADOR.- Ella, la más real de todas, en las noches, cuando nadie la ve, le da salida a sus pensamientos por encima de las vallas de sus prejuicios, de sus temores, de su ascendente necesidad; pensamientos mohosos, apestosos, y ahí puede departir consigo misma, convivir con ella, hasta donde no llegan, ni pueden acceder ni la Escritura, ni la Escribiente. Solo la soledad de la sin compañía, aunque esté en compañía.

El origen de ella, la más real de todas, es una herida, y se debe a que se siente rota, deshilvanada por todas partes; la Escribiente y la Escritura son la expresión de esa herida. De ahí que, a ella, la más real, todo le doliera, la conmoviera: esa es su condición, estar expuesta siempre a lo que daría aquí para una riña entre la más real y la Escritura, al decir que son las más expuestas entre todas, la una por ser una herida y la otra porque es lo primero que ve el lector; ante lo que diría que no es así; las dos son la primera y la última

capa o epidermis de la Escritura, lo mismo que la Escribiente, ella es una especie de mediadora de lo que ellas sienten; lo que a ella se le presenta como un palpito, un presentimiento o intuición, lo transforma en Escritura.

LA ESCRITURA.- Mi rostro es como la oscuridad de la tierra, donde albergo las semillas que pronto serán flores, como en un jardín, cientos de ellas, de muchos colores; este es el rostro que he asumido, ese es mi secreto, ocultarme en lo aparente, en lo literal, en lo tal cual dicen estas palabras; sin embargo, ¿qué podrían ocultar, cuando todo está a la vista? Diré que, en este caso, la interpretación, el cavilar mucho es poca cosa cuando se encarna en el mostrarse el enigma, el misterio. Entonces, en realidad, de nadie me dejo ver, ni tocar; no soy corruptible, como sí la Escribiente, porque me exhibe.

EL NARRADOR.- La vida de la escribiente, ante el mundo, parecería muy monótona: se levanta a las seis muy en punto de la mañana y se sienta, como siempre, en su silletica, ante su mesita, para organizar aquello que le trae la más real de todas. La otra vez le llevó el recuerdo de un perrito que se había encontrado en la calle; lo había traído, que porque le daba mucha pena ver cómo aguantaba frío y, además, porque quien se lo había regalado no podía con ese recuerdo.

Este también es el oficio de la más real: alivianar, aminorar el efecto que produce algún recuerdo, al llevarselo; así, descansar quien lo padece, porque desaparece. En esa forma llegan los recuerdos a esta Escritura; ese recuerdo llevó al caos este espacio textual, para constituir todo un desastre, heces por aquí, orines por allá; la Escribiente, disgustada porque le mordía los pies y no le permitía concentrarse, pues ya no tiene amor para nadie; así vinieran en forma de recuerdos, para ella lo único importante es saber qué va a escribir en el siguiente renglón. Y la Escritura, enojadísima, porque la ensuciaba mucho; entonces, la más real quedó de mandadera, limpie y limpie esta Escritura, arregle las letras que mordisqueaba el perro; ella aseaba con un trapeador que, cierta vez, cuando lo escurría para que lo secaran los rayos del sol, empezó a hablar de esta manera:

—Hace mucho, muchísimo tiempo limpiaba en lugares importantes, como la alcaldía de la ciudad, los museos; me solicitaban porque realizaba tan bien mi trabajo que hasta a casas de personas muy reconocidas fui a parar; inclusive trapeaba en las mejores páginas y pensamientos de los mejores libros que ha dado la humanidad; no es la primera vez que lo hago, hasta que terminé aquí, ¡pffff! —Así es la gran mayoría de personas, no conocen la gratitud; echado a un basurero, porque envejecía y de él solo quedaban hilachas y ahora aquí, en esta Escritura, cuyo nombre nadie recordaría, condenado al anonimato y a limpiar heces de perro en este espacio.

Esto escribo en su memoria, ya que, aunque estuvo en varios libros y prestó varios servicios, nadie se acordó, y no es para menos: a las cosas, al igual que a las personas, cuando envejecen o dejan de servir, se las condena al olvido, porque ya no resulta llamativo, importante, útil significativo, para recordarlo.

Así pasa en la realidad del mundo, cuando no se cumple con estas características. Eso mismo les digo a la más real de todas, tanto como a la Escritura y a la Escribiente, que cuando salgan al mundo las van a olvidar, aunque para mí son mi trascendencia hacia el no olvido, aunque el mundo olvide, hacia el no envejecimiento, como sí pasa en el mundo, y a la no muerte, porque en la Escritura no existe la muerte.

YO.- Algunos me preguntan que por qué intervengo varias veces en un mismo espacio, que si no es más fácil un conector gramatical que uniera varios pensamientos; que por qué casi la Escritura no habla; ante lo que tengo que decir que este espacio no es una trinchera de pensamientos, ni su amotinamiento; además, la Escritura no interviene porque se la lleva en la autocontemplación y, de seguro, de lo único que hablaría es de la tendencia en la moda de palabras, de literatura. Además, y esto es lo último que voy a decir: se muestra este orden de intervenciones para que, así, el lector no se habitúe.

La escribiente últimamente piensa en el encuentro de todas las formas y maneras posibles de aproximarse, aunque lo tiene tan cerca, a pocos pasos; sin embargo, son para ella pasos ¡tan largos!, ¡tan lejanos!; ¡pobrecita, es tan cobarde e insegura, que su quehacer es soñar en franquear esos pasos!; inmóvil todo el día, se la lleva en la imposibilidad de la posibilidad que, al menos, en sueños de esos pasos lo acerquen a él y lo pueda atar de pecho; me dice:

—Solo una mano me separa de él. Una mano que pueda atravesar esta blancura, la blancura de la hoja de papel, dar sus dos pasos de Escritura, acariciar su mejilla, con todo lo que es, con todo su ser, todos sus sentidos e injertos de los otros; toda vida posible está en su mano. Escribir para tejer un camino, una escalera para poder llegar hasta él, sin ese espacio que los separe, ni interferencias de lo blanco que los perturben; a usted quiere llegar, lector.

EL NARRADOR.- El sueño de la escritura radica en que la sueñen; es esa su mayor esperanza y, cuando fuera así, sabrá que se habrá ganado al lector, que estará en su poder

LA ESCRIBIENTE.- Hay veces que ciertos textos que he escrito, y la Escritura no lo sabe, no puedo asumirlos, por vergüenza, por pena por lo que dirán los demás de mí. Entonces, no sé qué hacer, si desaparecerlos o...

YO.- No importa quién te lea; yo no estaré ahí para mirar, ni dar la cara.

EL NARRADOR.- Así habla ella, la más real de todas, para justificarse, para no asumir nada ante el lector; es su cobardía, su negligencia, el miedo al error; ella busca aprobación y solo así mostraría su rostro.

Algunos se preguntarán cómo es el aspecto de la Escritura y tengo que decirles que, si ven con los ojos físicos, no verán más que palabras y tinta. La Escritura es la criatura más hermosa que yo hubiera visto; ella tiene todas las miradas, todas ellas con sus ojos enamorados, expectantes, nerviosos por su primer encuentro con su único amor, aunque nunca lo hubiera visto y, sin embargo, ella lo ama, es el amor más puro que puede ofrecerse y que en la realidad del mundo existe.

A veces, la Escribiente lee ciertos pensamientos que ha escrito y empieza a gritar por todos los rincones a muy altas horas de la madrugada:

— ¡Vean lo que he escrito! ¡Contemplan mi arte!, —lo que despierta a otros huéspedes de esbozos anteriores, como también esbozos de apartes que están por surgir, los que repite en cualquier ocasión: ¡qué presuntuosa es cuando tiene ínfulas de artista!

¿Qué se puede comentar cuando la Escribiente ya carece de inventiva para escribir?, ¿cuándo padece una sequía de escritura? Si no escribe, ella y yo desaparecemos, ¡nada más tenemos que hacer aquí! Y tendremos, como las personas del mundo, que empezar a buscar empleo en otra Escritura, llevar a otra parte mi Hoja de Vida, con mi experiencia de narrador, y ella de escribir, aunque esto no es tan grave ya que se ha visto en otro tipo de escrituras y géneros literarios, como las novelas, los cuentos. Se hacen transferencias de las escribientes, lo mismo de narradores, entre los autores; algunos, por ejemplo, se prestan los personajes, otros los intercambian y, los más arriesgados, los transan, los apuestan; autores muy famosos, que he visto en esta actividad. No sé si, también, le gustara ese tipo de actividad a esta autora, si cambiaría a todos sus personajes por los de otros más elaborados o más reconocidos; me pregunto si habrá trabajo para un narrador de ensayos. Pero esto no sería lo peor, el no escribir o el canjear, ¿qué pasaría si se sale todo del espacio textual, la Escritura misma, a hurtadillas, a la calle? ¿Que leerá el lector?

LECTOR. - Escritura perfecta fuera, porque la nada es el estado perfecto, la hoja en blanco.

EL NARRADOR.- ¿Cuál es la paga de la Escritura? Diré lo común para todas: se nutre de ideas, de muchos pensamientos, pero, también, de algo más evidente, que son las grafías; la más real de todas, no diré de recuerdos, pero sí se llenará cuando termine todo esto y las presente, y la Escribiente de escribir, y yo de chismosear, husmear; quisiera decir otras cosas, pero, la verdad, es que no se me ocurren otras, no puedo inventar otros pagos mejores que deslumbrasen al lector; tendría que pensar por mucho tiempo en estas ideas, como también en su origen y el mío; me gustaría, aunque esta es la función de la Escribiente, inventar el mío; ¡quisiera llevarle algo!, unos apuntes, en los que pudiera ver cómo nací, cómo llegué aquí; quisiera dárselos y así alivianar un poco su carga de pensarlo y escribirlo todo, pero es probable que no me lo permitiera.

No crean que no me enteré de lo que dijeron de mí en páginas anteriores, pero ¿qué querían?; si no, ¿cómo quieren que narre? Debo enterarme de antemano de las cosas para poder comentarlas; por eso, me sorprendió cuando le miraba los papeles a la Escribiente y si quería que los cambiase por otra Escritura, porque tengo ceguera; quería que la cambiase por una escritura de olfato, ya que es el sentido que más he desarrollado; solamente deseaba que la Escribiente mirase con mis ojos especiales, con mi mirada olfativa, que dejé en su mesa y que parece que aún no la ha utilizado.

Además, también es una estrategia de la Escritura, inducir al lector a un acercamiento cuando cuchichean y, así, halarlo, atraerlo, para que así quedase de una vez por todas en

poder de la Escritura; se ha procurado realizarla en efecto espejo, donde hubiera la ilusión de reflejo de él...; me han aislado, en algunos párrafos de escritura, de narrar sobre ustedes y, por lo tanto, se ha perdido esta estrategia de narrador, al hacer las veces de estar afuera de esta Escritura, de verlo y decirlo todo; de que creyera que soy, como él, una estrategia; igual que la milicia, una suerte de mimetismo, como los animales para el ocultamiento, como, también, en la extravagancia de hacerse ver o mostrar.

LA ESCRITURA.- Eso último no me agrada que me apareciera. ¡A todos, aquí, por si se les ha olvidado, les recuerdo que todo debe ir en torno a la soledad en la Escritura, mi soledad!; ¡no su soledad, no sus peleas, ni sus deseos de que cada uno quisiera inventar sus orígenes, con experimentos, como el del Narrador de Escrituras de olfato, y llenar esto con olores y aromas! ¡No quiero que un día de estos me salgan con que vamos a montar un laboratorio de fragancias de escrituras! ¡Una fragancia de algún escritor célebre! Que, si quiere ir oliendo de esta forma, aplíquese tantas gotas y hágase estos baños con temperatura al baño María, y no solo olerá, ¡sino también escribirá como él!

¡Ahí sí les digo que matarían la creatividad, la inventiva de cualquier autor!, ¡serían los causantes de destrozar la imaginación! Esto no me puede aparecer. ¡De todo me he dado cuenta y pido que se baje el telón! ¡Qué falta de profesionalismo el de ustedes, sobre todo de la que quedó de presentarnos, de llevar a que el lector leyera un tras del telón! ¡Qué vergüenza! ¡Eso no se cuenta! ¡Qué indiscreta! ¡¿Y qué podíamos esperar de semejante personaje si, en los *orígenes*, si, en *la soledad conferida a otros*, vive lloriqueando, sin tan siquiera empezar?!

LA AUTORA.- Como veo, lector, que no puede haber ningún tipo de complicidad, ni confianza entre nosotros, y no lo digo, aclaro, porque fuese usted un chismoso, sino por su condición: ya que, desde el momento en el que empezó a leer, hasta concluir en este último renglón, ellas se dieron cuenta de todo; entonces, que se baje el telón para que no se muestre un tras de esta escritura; vamos a seguir desde la última idea que dejamos en páginas atrás, y cito: “pero nada nuevo viene a mi cabeza, ni un pensamiento.”

.....

Muchas veces me quedo mirando mi texto durante horas y no se me ocurre nada más que observar sus ojos expectantes y preguntarnos: ¿qué sigue después? Es difícil escribir algo importante, que conmocione, que resuene, y eso se debe a que muchas veces no nos dedicamos a vivir lo que hacemos, lo que lleva a que algo perdurase, se perpetuara; estar en carne viva, a flor de piel, expuesta. Siempre... vivir como si se tratase de la primera vez, algo nuevo, lo que ocasiona que nunca perdiera su frescor, que no fuera un espacio muerto, donde nada sucede. Por eso, mi ideal perfecto de escritura, respecto al lector, sería ofrecerle el comienzo perpetuo, todo como si se lo hubiera oído por primera vez; esta sería la realización plena que desearía lograr de su escritura todo el que escribe; para esto, los pensamientos tendrían que tomar la forma del presente viviente, ser actuales: cuerpo.

Escritura: abrir el corazón, es abrir el cuerpo. Apertura milagrosa, sacra, que me abre y me hiere dulcemente, sin remedio; estas son las heridas que más amo, que más adoro, las que, aunque dolieran, cortasen, que siempre dejan una sensación dulce...; este escribir, esta parte y solo esta, es un escribir entre suspiros...

¿Por qué esperar que este pensamiento que estoy terminando de escribir armonice o se relacione con el anterior?, ¿que desarrolle más la idea, no solo en este, sino en anteriores? Debo contestar que mis pensamientos todo el tiempo se me amotinan, se rebelan, ciertos pensamientos me invaden, no respetan que estuviera pensando en otros pensamientos; en algún momento, a mitad de estar escribiendo alguno de ellos, me viene, de repente, a la mente otro de forma desconectada, inconexa y, a veces, sin venir a cuento, me lleva hacia otros senderos; esto es lo que hace que la escritura fuese transformación, movimiento perpetuo. Un movimiento en llamas, que se encienden y no se extinguen, en direcciones hacia pastizales secos, marchitos, donde no se ahoguen, lo que pasa cuando ciertas partes de esta Escritura quieren inmolarsen, cadáveres de palabras, de pensamientos que están bajo mis pies y dejan como indicio las llamas fulgurantes, cuando se consumen: una cicatriz, un ardor, una quemazón, una huella en esta escritura.

Las cicatrices constituyen la forma de que algo perdurase en la memoria, en el tiempo; constituyen lo imborrable, lo narrable de los cuerpos; de esto se conforman; son sus raíces, que recuerdan esa herida, aunque ya no brotasen más fluidos; como una ventosa, se adhieren en el cuerpo para ya no ser la vida, sino el recuerdo, que se renueva en los que viven, lo que pasa cuando se escribe, se vive en la evocación.

Siempre ocurre que me invaden los mismos pensamientos, con sus imágenes y sus sensaciones; me invade la rutina; cuando llega algo nuevo, lo marchito, lo seco con mi rutina, al evocarlo una y otra vez, hasta que me duela; el olvidar no es más que una estrategia, una simulación para que vuelvan a tener de nuevo su frescor y volverlos a iniciar, como si se tratasen de ropa, de zapatos.

En lo que concierne a evocar todos los días un estreno, soy una acumuladora de todo, nunca suelto; guardo, pues ¡uno nunca sabe cuándo se pudiera ofrecer o requerir de este u otro pensamiento! y es porque me gusta ver qué aristas nuevas le encuentro. Todo mi tiempo es así; trato de mirar, de hablar, de pensar desde todas las perspectivas posibles de un mismo pensamiento o, al menos, hasta mi límite de imaginar; sé que esto tal vez ya lo hubiera dicho antes, de pronto de otro modo, no lo hago a propósito, es mi forma de ver mi realidad; siempre encuentro innovación en la repetición, porque no se puede ver el todo de algo en una sola ojeada; además, un pensamiento se agota cuando se lo observa de esa forma, no porque en realidad así fuera.

¡Qué difícil dejar atrás la blancura del papel, llenar este espacio en blanco, tan endeble que con solo arrugarlo acabaría con todo; cuán frágil a veces se torna la Escritura que, con un solo borrón o tachón, desaparecería!; se debe decir que los pensamientos que fueran a quedar en ella tienen que hacer, como un actor, una audición, o un *casting*, antes de ingresar a esta Escritura; los escribo con color verde, antes de que pudieran pasar al color

de la tinta negra; lo hago así porque, antes que ser pensamientos, son su esperanza; se presentan de todo tipo: algunos instruidos en todo lo que tiene que ver con los pensamientos del arte, de una estética o intelectuales; otros, en cambio, son pensamientos naturales, o actores naturales, sin ningún tipo de formación, y otros, que parecen un modelo de alguna revista, con todos sus atractivos, son fotogénicos, irían bien en un póster, pues reúnen todos los atributos para aceptarse como un pensamiento muy célebre, de mucho éxito y atraer a cualquier lector o escritor; son pensamientos que distraen, magnetizadores, que bloquean, que no permiten pensar; su sensualismo, su seducción lleva a que se hablase al respecto todo el tiempo, así no fuese el momento o el lugar adecuado para que se hablase de ellos.

No crean, también me ha pasado, me he enamorado de ellos, de su físico, de su superficie; me hacen guiños, pucheros, para que se los dejase aquí, en esta Escritura; muchas veces, he querido irme con alguno de ellos y dejar de escribir, detener su continuidad, irme de vacaciones, pasear con ellos, tostarme al sol, pero en este oficio de escribir nunca hay vacaciones, puesto que la Escritura se escribe de todas las formas, inclusive antes de la tinta y papel.

La Escritura implica un desarmarse de todo, apertura de lo otro y, por lo tanto, un acto de amor, escena de amor, donde aquello que le dio vida se desvanece, fusión mortal, nuevo ser en la desaparición de los amantes. Desinteresado amor es la escritura, que da todo sin mirar a quien; la perfecta ofrenda, pues es un dar alegre, más allá del mismo autor o escritor con tendencias al logro de reconocimiento; estar en la Escritura es la confirmación del vacío, del silencio, de la nada, que tanto abundan en estos tiempos, aquí; así hablase de soledad, las palabras no la identifican.

Este acercamiento es de una forma estética y, en todo caso, es solo a una ficción, a imaginar qué podría sentir la Escritura en su soledad; en realidad, es un espacio, una intimidad, a la que no puedo acceder y, cuando pienso que lo logro, solo es mi autoengaño, pues, en el intento de conocer mi soledad, de agarrarla, me destruyo; en el intentar, el yo le quiere dar sentido a todo, un propósito. Todavía, a pesar de todo esto, no he podido salir de un sentido, de un para qué de las cosas, de la Escritura en sí misma, respetar su naturaleza, saber, y esta es la única certeza, que la soledad de la Escritura aparece en el momento en que no me entrego a la tarea de escribir, cuando estoy aquí, como presencia solamente, es mi soledad de escribir, mi soledad de Escritura.

EL NARRADOR.- Dejar la vida de la escisión, de la bipartición, así decía ella, la más real de todas, la que imagina todo esto y la que, en verdad, nos compone.



Figura 3. Esencia.

RETORNO

Mi mente es como desierto y es que tengo hábitos que ya no permiten lo nuevo, la invención y, ¡claro!, cuando se olvida es que llega lo nuevo, aunque sea lo mismo; aunque haya hablado de esto antes.

Esta Escritura ha tenido dos orígenes y una muerte, a lo que llamo retorno: muerte, en el sentido del olvido de otros. Si es que alguien sufre por esto, esa soy yo; no soporto mi olvido, el no trascender en los demás, el exilio forzoso que significa que el recuerdo sobre mí tuviera que irse; mi recuerdo errante, de un lugar a otro, que en ninguna parte puede reposar; en ninguna memoria puedo quedarme. Siempre, al querer deslumbrar, maniobrar, hacer piruetas, para mostrar que sirvo para esto. Mi soledad no, pues estaba mucho antes incluso de que fuera pensamientos.

Este tipo de pensamientos, de la más real de todas, genera murmullos, estruendos a la vida, el pensar en nunca desaparecer, el ser siempre transcendencia.

—Creo que ni en la realidad del mundo, ni en la escritura podrías ser perpetua, transcendencia, porque en ambas realidades acecha la muerte. La primera por envejecimiento y deterioro y, la otra, porque solamente se existe en la escritura, al soñar, al escribir.

Retorno en busca de ese algo antes que la palabra, de los pensamientos; volver a escuchar lo profundo de la vida, que es lo que ella ha develado: *la escritura de mujer no necesita de maestros*; sus vestigios, sus transiciones siempre se relacionan con la sangre, el dolor de desatar, de dar rienda suelta a esta Escritura, pero, también, en su momento, absorber, dejar en blanco estas páginas para volver a fluir.

Mi naturaleza se entrelaza con los grandes ritmos del cosmos; un nuevo origen, distinto del primero, aunque proviniera de una misma parte, muy parecido al amor, cuando se nos rompe: el amor vuelve, pero no el mismo. El que retorne significa que me agarro a lo que le da vida a mi Escritura, y eso es los recuerdos. Por eso, esta soledad que siento es una soledad de fantasmas, o la del más allá, dirán otros, por evocar el pasado, lo prestado, lo hurtado y lo anhelado.

Antes de empezar los caminos de mi retorno, había creado un lugar de la ausencia, de mi no presencia; tal vez el paraje que, cuando pase por aquí, en mi no existencia, en cualquier esquina de esta escritura pudiera encontrarme; me recobro, transito por mis viejos-nuevos

caminos, a ver qué me encuentro. Mi soledad, abundantes sus efluvios, que todo lo tocan; ninguno de mis resquicios persiste inocente; se derraman, se diseminan, chorrean y caen hasta las rodillas de los que la leen, todo porque quiero que sientan a mi Escritura como un ser real y no como la ficción de alguien que escribe. Se hace carne en mí cuando escribo; los otros de la palabra llegan, pues todavía no he aprendido a estar conmigo misma; este es el amor que aún no me tengo, pues no puedo pensar en individualidad; en mí no existen egoísmos.

Mi retorno me dirige hacia un origen indistinto, donde empieza todo de nuevo, pero distinto; se vive siempre diferente, no es como los pensamientos; ver todas las formas y perspectivas posibles, vivir una misma situación diferente, darle un nuevo vivir, renovarse en ello, recobrase.

Siempre ha sido difícil el crear, incluso si es el retorno, porque lleva a descubrir otra mirada, aquello que ya sucedió, pero que rememora. Recordar es reconquistar, volver a vivir, recobrar, buscar en la memoria. Un volver a vivir con más detenimiento, con más detalle, al atender a esa parte; un vivir en cámara lenta, no solo como memoria o recuerdo, sino vuelve esto otra vez para volver a vivirlo no solo en la evocación, sino en realidad, como experiencia varias veces, como el despertar.

Siempre me despierto de la misma forma; muchas veces, durante mucho tiempo repetía las mismas acciones, una y otra vez vivía lo mismo sin ningún tipo de cambio, de modificación, inerte, cual una espectadora más, hasta cuando llegó un momento en que ya no quise ser así, ver como mi retorno pasaba; ya no quise ser una inútil y cambié, intervine en mi retorno. ¡Para eso era retorno!, para modificarlo, manipularlo: ¿por qué tener una sola perspectiva, cuando podía haber muchas, inagotables? El retorno reaparecía, tornaba lo mismo, pero ya no lo dejaría intacto; lo transformaría una y otra vez, cuantas veces llegase.

Si no escucho lo que mi cuerpo tiene que decir, empieza a claudicar la vida; en mi retorno, cuando escribo no puedo olvidar mi cuerpo, lo que él me dice; pienso mucho en cómo origino mis ideas y se me ocurre que, en definitiva, para crear una idea se exige sexualidad; en mi caso, son mis ojos, aunque no me refiero únicamente a los ojos de la vista, sino a los ojos que moran en todo mi cuerpo, en las manos, en los pies, cuando están desnudos; todo entra o penetra por ellos hasta llegar al interior de las pupilas, que estallan cuando se encuentran con lo de afuera, se unen en una sola dimensión; es como dar a luz a un hijo, a ellas también las nutro, las acojo en mi cuerpo, que va mudando poco a poco; cada volver es un aprendizaje y un olvidar para viniera lo mismo-nuevo, como sembrar semillas; cosecha, recolección, infructuosidad, también creación. Es el pensamiento, la idea de la vida lo que cambia, como las cosas que anuncian que todo vuelve, no tal vez como se lo desea, intacto, pero, al menos, hay la certeza de que vuelve.

En la escritura también ocurre lo mismo, todo nos regresa cuando escribimos y leemos, lo que se renueva en cada lectura, en cada mirada, la suya, lector. Mi Escritura vuelve a reverdecer en cada miramiento. ¡Qué feliz nos hace cuando usted, lector, regresa a un párrafo, porque es como volverlo vivir!: a veces, para clarificar, esclarecer, por momentos

para perderse, confundirse; el que un pensamiento no fuese claro en la primera mirada es a propósito, es para retomar ese pensamiento, para que lo mirase con más detenimiento, para que pensara un poco más en lo que le quiere decir mi soledad; ¡no todo va a mostrarse en una primera ojeada de lectura!; ella, al igual que cualquiera de ustedes, es para descubrir, detenerse, ser pacientes, ¡y no me mire así!, ¡no alce la mirada, como si me dijera:

—Bueno, pero si es usted la que está escribiendo, nos narra todo, ¿qué misterio puede haber?! —Bien, lo que escribo es su advenimiento, el presentimiento, la intuición; el sentido de esto lo da usted.

Morada de la multiplicidad y construcción de sentidos es el lector, ese es su quehacer en la Escritura. Usted, al igual que mi Escritura, también es su origen, en la medida en que va leyendo lector, que a veces cómo no preguntar ¿con quién de los otros de la palabra se identificará?, ¿cuál de ellos le gusta más?, ¿cuál no tolera ni escuchar?, ¿será, de pronto, que a escondidillas más ha ido a hablar con alguno de ellos a otra parte, fuera de esta Escritura, a tomar un café, a enamorarse, como a mí a veces me ha pasado, o todavía está a la espera de aquellos que están por venir y tal vez se quedasen en posibilidad, en la corazonada del porvenir?, ¿también usted sentirá deleite en vivir otra vez lo mismo-nuevo en la medida en que se olvida o se ve con más detalle u otra perspectiva?

¡Qué difícil es seguir escribiendo o tecleando los pensamientos, son tan rápidos y mis dedos tan lentos que no alcanzo a escribir mi retorno! Y ahí quedan lagunas, vacíos de escritura, que no sé cómo llenar. La cruda letra que se desvanece en puros signos, ni habla ni calla, solo semantiza. Por eso, en mi Escritura, conmocionarlo es lo que quiero, lector; apelo a su carne, a su sangre; ahí la palabra renace, cuando dejamos de pensar; a mi mente y racionalidad es necesario fatigarlas, agotarlas, reventarme la cabeza, foguearme para que pudiera surgir la Escritura; de lo contrario, de ninguna manera; solamente cuando nos damos por vencidos, ahí aparecen mis mejores pensamientos; ellos surgen en el desinterés de que llegasen.

A veces me pregunto: ¿cómo no sentir a la Escritura como algo personal?, ¿como si no fuera conmigo?, ¿como si no se tratase de mí? La Escritura, cualquiera que fuese, siempre me da la sensación de que se refiere a mí; ¿acaso para que se hable de cada uno de nosotros, tiene que gritar nuestro nombre? ¿Lo que ellos sienten, yo también no lo siento?

—Ante esto último, tengo que decir que disiento: el sentir de cada uno no es equiparable, ni comparable con nada; esto que siento, no lo siente nadie. A pesar de que bien sé que esto que pienso ya hace mucho tiempo lo habrá dicho otro, de mejor manera inclusive, empero sí tengo que decir que el sentir es inasible, indecible; lo que sí existe es una traducción, y eso como para llamarlo de alguna manera, puesto que es imposible franquear el sentir a las palabras, ya que no es pasar de un idioma a otro; en esa medida, puedo llamarlo lo propio-ajeno, donde confluyen los otros, fueran quienes fuesen. La palabra es el puente, el medio, una convención para “hacernos entender”.

Aún en mi retorno, los otros no desaparecen; al siempre objetarme, al ser este espacio textual el cuadrilátero de disputas eternas, ¿quién tiene la razón?, ¿acaso un poco ambos? La Escritura es el lugar de la coincidencia con los otros solamente en el modo de estar, de lugar, no como una forma de identificarse; aunque..., y no lo niego, da a veces esa sensación, pero los otros son tantos que se pierde la noción de identidad, de unidad, pues la Escritura es el milagro de “hacer un cuerpo con muchos otros cuerpos” (al parafrasear a Cixous), un organismo con órganos de otros; es una donación, un acto de amor de los otros, ya fueran libros, experiencias, seres de cualquier tipo, y así crear nuestra propia configuración, nuestro propio sentido en-para-de-los otros. Muchas de estas cosas nos conforman, así se hablase de un yo; ese yo es la encarnación, la configuración de otros.

En mi retorno, escribo impulsos de Escritura; mis energías femeninas (que se refieren a la afirmación de la intuición, el palpito, el instinto: “no vemos a través de dos ojos, sino a través de los ojos de la intuición, que tiene muchos. Somos como la noche estrellada: contemplamos el mundo a través de miles de ojos”)⁵ me guían a través del rastreo, una huella en la tierra mojada; estas energías se extienden, se contraen al igual que un cuerpo; el con-tacto entre ellas produce fricciones, vibraciones, que derivan en sonido, en una musicalidad, y la Escritura es su danza, su ritmo; para escribir, en definitiva se debe ser un danzante (que está más allá de seguir una coreografía; sus movimientos van con los grandes ritmos del universo) o, por lo menos, ser un buen bailarín; mis dotes de buen bailarín quiero mostrar, mis pasos de Escritura.

Algunos pensamientos pueden aparecer, en esta Escritura, en distintos textos; otros, en cambio, es posible que nunca lleguen a mostrarse aquí, pero lo importante no es el estar, sino el ser, el existir más allá de las grafías, de la Escritura misma, ya que en el momento en que se escriben, y este es el mal del que escribe para los pensamientos, se contienen como agua en un vaso, pero son proteicos, según el recipiente. Pensamientos contenidos, embotellados, condenados al papel.

Mi tiempo también transcurre; al igual que ellos, giro en su entorno, pero no de una forma fija, determinada, lineal, si se quiere; pienso en lo mismo, pero no me concentro en una parte, sino en todas sus secciones, porciones, fracciones, fragmentaciones, en todos sus tramos y líneas, en sus miembros y detalles, como si se tratara del ser amado, besarle la boca, atraerlo hacia sí, acariciar su pecho, sentir el palpar de su corazón, su sexo; luego, hacia el lunar en la mejilla, para volver a su boca.

Esta es mi forma de pensar la Escritura: siempre una de sus secciones, la que fuera, en orden o en desorden, para luego un volver indistinto del principio, puesto que es un pensamiento en fragmento, en trozos, solo ciertas partes y no el todo de una idea; por eso, esta Escritura se presenta en porciones, en rebanadas, nunca habrá el todo.

⁵ Clarissa Pinkola Estés. *Mujeres que corren con los lobos*. Introducción: Cantando en los huesos. Buenos Aires: D ediciones, 1998, p. 16.

La frustración permite la Escritura, la errancia, el viandar; el ofrecer a manos llenas y quedar vacíos, huecos, consumidos permite escribir, y no lo digo como demostración de hasta dónde puedo ir en pos de la Escritura; no, nada de eso, escribo su acontecer. No ha pasado ni una sola línea que se escribiera en que no se hubiera envejecido, en que no la hubiéramos vivido; nos deja endebles, sin fuerzas, vulnerables; la letra es inmortal, perenne, pero el que la escribe, el que se sirve de ella padece en carne; a veces, mejor resulta embriagar la vida, emborrachar el mucho pensamiento; no es el hecho de pensar cuando perdemos, sino cuando pensamos para sentir que nos equivocamos...

Es necesario dotar a nuestras ideas de alas, para que sean ligeras; de voz, conferirles la habilidad de la metamorfosis, del cambio; que hablen el idioma del canto, del sonido; armar su osamenta en el volver, en el retorno, porque hay algo que hierve, que duele, que debe rumiarse las veces necesarias, para que fuese digerible; por eso, el volver a una misma idea para dotar de nueva carne, nueva luz, para que respire nuevo aire de existencia.

Eso es el pensamiento, un cuerpo extraviado, pero que en el volver se va armando en su poco a poco; es mi viejo cuerpo apegado a lo que conoce, que vuelve a veces en una nueva forma más bella y otras veces terrible.

El crear es algo sofocante; el dar nuevos atavíos a las ideas, de igual modo; así se hablase de retorno, se exige un crear y un crear sobremanera, en que los pensamientos, en la reproducción de lo mismo-diferente apareciesen como si fueran nuevos, como vestuario de estrene. Es preciso mudar y mudarse permanentemente los pensamientos, oxigenarlos; no escribimos para decir lo mismo y no cambiarlo. De continuo, a las ideas se las debe roer, minar; descansar de mi Escritura para que cambie la mirada, ya que cuando vuelvo a mis pensamientos, algunos ya no parecen tan ciertos, tanto que reniego de ellos; sin embargo, en su momento lo fueron...; bien podemos asemejarnos a una polilla que, de acceso en acceso, lo devora todo.

Donde nos asentamos, crecemos y vivimos, también se consume. Esta parece ser nuestra verdadera piel en la Escritura, es nuestro cuerpo oculto en otro cuerpo más aceptable; siempre, en cada palabra, un disfraz; el cuerpo, de igual manera.

Puede ser que, para que fuese real el encuentro con el cuerpo, se lo debe conmocionar, abrir, romper, exponer, no dejar ningún rincón; entrar en él parece ser la condición; la herida es el encuentro más eficaz; lo que a veces no pasa con la alegría, porque nos encontramos cómodos; todo a nuestro alrededor, la sociedad, el consumismo, nos inhibe del dolor, de la herida que nos causa, pero el dolor, la herida constituyen la fiesta del crear.

Esta escritura es una fiesta; así quiero que se sienta el lector, en un festín, con su piñata y todo, a pesar de que se oyera que llora; bien podría asemejarla a la fiesta de fin de año, vida-muerte están en ella y, en todo caso, vida; hay cosas que descienden bajo tierra, ya han cumplido su ciclo, pero eso no quiere decir que existiera muerte; cuando algo deja de palpar, de latir, solo quiere decir que viene nueva vida, que llegó, con la muerte, la vida, que es el momento de los que antes eran por venir. Eso es la Escritura, la oportunidad de los

otros, porque fui también una vez oportunidad y lo sigo siendo cuando asumo su condición de leyente: lector.

Se crea el mundo en su mayoría a través de la palabra, sin olvidar otras expresiones; lo configuramos a través de ella; esa es la esencia de las personas, pero ¿qué pasaría si dejásemos de interpretar, de crear la realidad? ¿Habrá algo distinto del interpretar? ¿Podemos salir de su condición de leyente/lector? Se creería que sí, y apunto a la mirada; el ojo desnudo es la fractura del lenguaje, somos herencia de las palabras. Un yo henchido, como una apendicitis.

En nosotros, algo extraño obstruye el fluir del cuerpo-escritura, que también enferma, al igual que otros cuerpos, pero en ella es pronta salud lo que en otros organismos es muerte; su cuerpo se estrecha, se apaga; en la Escritura, es expansión, inflación y pronto no quedará más tiempo que reventar y empezar así la salud.

Heces de palabras, de conceptos, manchan las paredes del espacio en blanco; por pus e hinchazón se tiene que pasar para purificarse; la extirpación, la incisión parecen ser la vía (cuando lo escribo, son rezagos de los otros, de lo anterior, de mi *soledad conferida a otros*, y de ella, la que extirpa recuerdos para que no se le destrozase el corazón), la grieta; una peritonitis de escritura es la solución, pero el rompimiento todavía no llega, parece en esta Escritura todo bien cosido; entonces, dolores, náuseas de Escritura; el emprender sus caminos aumenta la sintomatología; mal de Escritura es el diagnóstico.

Hablar de Escritura que se hace un cuerpo es, al igual que lo orgánico, un discurso finito, acabado, que se fuga; nos fastidia un pensamiento-cuerpo, porque nos molesta la finitud, el deterioro, la decrepitud, ser inútiles, desvalidos y, en última instancia, un pensamiento putrefacto, pero de la putrefacción surge nueva vida, se crea con ella, por eso se ofrece mi hedor, mi putrefacción, para nuevas vida de los otros; en la putrefacción moran vidas de millones de años, contenidas en el cuerpo, pero, también, la nueva, la del porvenir, porque el cuerpo es un viandante; ya fuese vivo o muerto, se niega al asentamiento; mi cuerpo es la herencia que los otros me han dejado, un acto de amor por mí, porque una vez fui por venir y, por lo tanto, se trata de una Escritura deseo.

El deseo implica posibilidad, realidad; flujo, detenciones, intersticios de esos flujos: flujos de saliva, de llanto, de excreciones, transpiraciones, copulas. La nueva nacida, habla; la nueva carne, que es la Escritura, un cuerpo oculto, que la enfermedad visibilizó; acontecer cuerpo en la Escritura; los pensamientos devienen tacto, piel, la primera forma de contacto y, por lo tanto, de ver, pero, a la vez, oculta, vergonzosa, velada, proscrita, con privilegio de la visión (la vista), el mirar a la distancia; nuestra experiencia corporal se enfoca mayormente en este sentido, porque el con-tacto da miedo, porque nos hace frágiles, sensibles.

A los pensamientos, cuando son tacto, el cuerpo no los olvida, recuerda esa sensación, el pensamiento-mano, la Escritura tentacular de muchos brazos. Un pensamiento-mano que toca a otros da la sensación de tocar la piel, nueva visión de tacto; la piel es exposición,

afectación que toca y se toca, que traga y exterioriza, es sentido, es todo el sentido, porque resulta sintiente, gozosa, doliente, limitante, impenetrable al contacto con otros cuerpos, penetrable solo en la herida, la piel-tacto, riesgo inevitable, trágico. La piel es irreductible, se emancipa, así se la recubriera; todos buscamos la piel, porque buscamos sentir; la racionalidad, el mucho pensar es inhibición, evitar la piel.

Que hable en mí el desastre, el caos, ¡que mi locura hable!; ella es el sostén de lo que no tiene sustento; no pensar lo que se escribe; una Escritura de recato, de pudor, que es como cubrir la piel, aunque seamos de carne; golpeados por ella. ¡Cuánto estas palabras me han dolido! El desborde, los hábitos que ya no permiten la genialidad; cuando la inteligencia, el buen juicio, no resulta suficiente, todo se fuga, se esfuma y no consigue acoger ningún buen pensamiento, por olvido o lentitud.

Escribiente de frases es lo máximo que se puede exigir, o aumentador de pensamientos a la Escritura, como vicio de que, si se aumenta o se lee de todo, se cree que queda bien; por desconfianza ante nuestros propios pensamientos, resulta mejor conferirse a los otros, parafrasear a los otros, hurtar a los otros; es la incapacidad de escribir, de una originalidad de Escritura, pensamientos borrados por una mala memoria, como dunas, como casquetes de hielo, ambos terrenos baldíos, ambos igual desierto.

Un desierto blanco le corresponde muchas veces a la palabra; terrenos inconquistables, subversivos; cualquier pensamiento no puede quedarse; la tinta, la letra no atravesarán, no escindirán su blancura. Espacio desnudo, inconfesable, voluntad férrea para caminar, no huir la vista, resistir a lo que se ve y signar desde lo blanco, Escritura blanca, pensamiento blanco que no violenta su naturaleza, que nunca llega a lo indecible (que, como indecible, se resiste al lenguaje de las palabras, es cuerpo, carne. Escribir carne). En nosotros mora mucha oscuridad, el desierto no es solo como dunas; el calor es vaho que sale de la tierra y no es sol que quema, que se pega a las espaldas.

El cuerpo y los pensamientos me sudan, como si lloviera, como si estuviera llorando, lo que nos mantiene flacos, nos hace perder los kilos, estamos en los huesos y, también, cantan y piden carne; se debe aprender a ser pacientes y a aceptar la oscuridad o la enceguecedora luz que pasa en la Escritura, cuando nos resulta fácil decir bien las cosas.

¿Qué es aquello indecible que me mantiene en blanco y la hoja en blanco? El preguntarse es todo saber. La obsesión de la pregunta; todo tiene un por qué, pero no siempre una respuesta; ese asunto que no nos deja de interrogar y que lo se lo afirma cuando escribimos. Infranqueable, algo incomoda en el habla de la Escritura, lugar transparente, pensamientos transparentes, que no se ven en graffías.

¿Qué no decimos, a pesar de las horas de trabajo y el tiempo infinito de pensamiento, así fuesen en vigilia o en sueño? ¿Qué aquello inexpresable, que no se deja signar y solo existe como palpito, como sentir, como carne no traducible a palabras, pero aún permanece en nosotros como un grito ahogado en la garganta, que precisa salir, pero que se atasca en ella como si aún no fuera el tiempo, su tiempo de exteriorizarse, de mostrarse?

Esa es mi plenitud frustrada, balbuceante; siempre me quedaré en lo decible; es mi pensamiento tartamudo, las cuerdas vocales hacen fuerza para hablar; la boca es la primera herida del pensamiento, tal como una vagina cuando quiere decir algo, también puja, dilata, pero ese dilatar parece no ser suficiente, ese trazar, ya que es lo máximo a lo que se puede aspirar, como si fuese un delineador de aquello que evocamos y no puede llevarse a un lenguaje conocido y solo existe en el ámbito de la intuición como sintiente y, por lo tanto, doliente, carne.

Mi Escritura lleva a pensamientos que se estremecen, se encogen, se sonrojan con su mirada-lector; es su primera vez en el lector; no es solo el pulsar de la mano del Escribiente, sino estos pensamientos que se mueren por sus ojos. Los ojos de la cavilación de esta Escritura exhortados por primera vez al lector; se han imaginado todos este momento de tantas formas distintas posibles, de tal modo que se pudiera escribir solo respecto a ello en los siguientes renglones de esta escritura; sus ojos asombrados, mejillas sonrojadas, muchas veces no podrán resistir, sostener la mirada, tal como una quinceañera cuando advierte que la miran con deseo, con asombro, con timidez, pero, también, con cierta inseguridad.

Habrán cavilaciones que, a pesar de las horas, del tiempo que se ha invertido en ellas, no se creerán lo suficientemente buenas para que las leyera o viera el lector; por eso, le darán la sensación de rapidez, de ligereza, para que se las viera cómo pasan vertiginosamente, como un viajero, un pasajero en el bus imperceptible, camuflado entre otros pasajeros o viajeros, pues los ojos del lector trastornan, cambian, estremecen los pensamientos en el momento preciso en que pasan sus ojos por ellos; un pensamiento le parecerá diferente, distinto, como si se tratase de muchas temáticas posibles, pero es su mirada la que cambia, lector; su mirada de distintas naturalezas, que también retorna como esta Escritura; una nueva evidencia se le dará: ¿es, usted, lector, quien se aparece en esta Escritura?

— ¡Es él! ¡Es él!

La Escritura es el presente; no vale en ella el hubiera o el tal vez; escribimos una posibilidad del océano infinito que existe en ella. Quisiera escribir a la velocidad en que se piensa, sin que se perdiera nada, pero mis manos son lentas y mi memoria tan frágil que de inmediato olvido lo que tenía que decir; por eso, muchos de mis pensamientos no estarán en esta Escritura, algunos geniales, que no verá el lector; estaremos privados de ellos.

Bien, me parezco a un personaje de novela; todo esto porque, hace tiempo, un otro del yo quería pedir el pilar de la estancia donde se encuentra la Eterna (ese personaje, de la obra *Museo de la novela de la Eterna*, de Macedonio Fernández, que vive en una estancia donde se encuentran dos pilares que dicen: “TRASPONEDME Y VUESTRO PASADO NO OS SEGUIRÁ”), a ver si puede borrar de la memoria su pasado y su mirada deja de ver hacia atrás, y no digo hacia el futuro, pero sí a otra parte.

Todos estuvimos de acuerdo, no queríamos ver más sus ojos llenos de lágrimas y lo mandamos a traer; nuestro tiempo, en este espacio de escritura, es de espera; tal parece que

enviaron al padre de Dulce - Persona para esta tarea (personaje de la novela), que tiene la memoria de un pez; en un minuto olvida todo y nos decía:

—Mande, que les traigo.

—¡El poste, por favor!, —y llegaba al Museo de la Eterna sin saber qué traer.

Olvido, extravío de memoria involuntario, el ir y el venir del camino hicieron que olvidara, lo que muestra que en la Escritura existe el olvido y, por lo tanto, la desaparición de las cosas, pues es él encarnación de la verdadera muerte, una muerte afable.

Se me ocurre, para este otro del yo ante la imposibilidad del pilar, agregar un punto de más a esta escritura, pues si bien no existe muchas veces el olvido, o que el pasado no nos persiguiera, sí podemos tener pies ligeros para saltar; este punto de más, a modo de piedra o roca • y, Pobrecito, él lo necesita más que la gramática o el sentido de cualquier Escritura, incluso de usted, lector, ante lo que podrá decir que este punto va de más; cuento con su indulgencia y benevolencia.

A esta Escritura no le importa que se la deformase un poquito no más; igual, todos necesitamos algunas veces brincar cosas, situaciones, experiencias, ¿por qué no lo intenta usted, lector? Puede que le funcione y, en compensación, se le ofrece una Escritura a modo de piedritas en el río; lea en modo saltadito, puesto que no queremos que se moje los pies o diese un paso en falso y los hundiera en el fango. Use estas piedritas cuando sienta que la dificultad, la sin salida lo arrastra; se le ofrece esta imposibilidad, ya que en la Escritura todo es posible.

Quisiera escribir todas las posibilidades de algún pensamiento particular, pero solo se escribe desde nuestras perspectivas y fastidia, por eso a veces se hurta pensamientos, experiencias, sentidos; me apropio de ellos, como si fueran míos; en la Escritura no existe la noción de propiedad, de originalidad: ¿puede haber subjetividad y todos estos calificativos que nos empoderen en una escritura a muchas manos, tentacular?

Inoculados del lenguaje... somos los propios-extraños, seres híbridos, arrojados, como esta Escritura... estamos a merced de los deseos de la interpretación, residuos, partes, retazos de los otros; no hay hospedero; devorados sin recompensa, llevamos nuestras carnes de prestado; nos creamos al deformarnos, cuando estamos dispuestos a recibir de y a los otros; donación de lo vivo.

Celebrarnos, de esta manera, prendarnos de fuego, enardecer en ello el no lugar imposible; la palabra se descascara ante el horror, la angustia de que en ese espacio no es un todo; la palabra no es vasta, no es suficiente, empero es imposible escapar de ella, pues expresa lo que es imposibilidad y ello ocurre porque permanezco anémica, famélica, rota, fracturada y, por lo tanto, la fragmentación, el quebrantamiento.

La Escritura es el reflejo de ese quebranto, tan como siempre, tan como los otros, que examinan los tizones; cuando arden las palabras, ardo con ellas; gotea el cuerpo, salado; son guisante, sudor: agua, vida, nueva vida en la Escritura; dormir con los ojos abiertos

constituye la perfecta Escritura, porque es la que sueño; me he fragmentado para sentirme (al parafrasear a Pessoa, me he multiplicado para sentirme, en *El libro del desasosiego*) en tantas partes, porciones y secciones, que me he vuelto insensible al sentirme por saturación, abundancia de ello; múltiples lenguajes hablan en mí.

Escribir como llegan los pensamientos, como se va caminando; escribir sin otra necesidad más que esta, sin anhelar, sin tener nada que decir: ¿será que existen los nombres sin nombre? Pues, sí; existe el nombrar, la palabra que devela lo oculto, pero termina de nombrarse y vuelve a ocultarlo todo; errático, zigzagueante, en algún doblez o esquina de la palabra se encuentra aquello innombrable, a lo que queremos darle nombre.

El andar en la palabra es un perdedero; el develar nunca se dará de una forma directa, transparente. Palabra que lo crea y lo borra todo, tal vez el disfraz fuese lo verdadero en ella; lo más brillante, su luz. ¿Cómo saber si esto que escribo es verdadero? Mirar más allá de lo evidente, penetrar por sobre lo implícito, —dicen—, atravesar la multiplicidad del sentido de la palabra.

Como si la palabra estuviera a la espera de quien pudiera descifrarla; la palabra es mujer y no es un itinerario místico, ni intelectual, ni sentimental; tampoco una búsqueda de los diferentes reveses de su sentido y menos un hondo viaje hacia su interioridad, porque no existe tal cosa: su profundidad es la exterioridad, el estar expuesta.

Eso es lo que ha develado la palabra y bien ha dicho que esas expediciones se las dejemos a aquellos de únicas rutas, los que caminan en sombras, se refugian en cuevas y mucho sol, mucha luz, como el desierto. En el desierto está la sabiduría y —no se equivocan— bien he pasado por ellos y es mucho lo que he encontrado al recorrerlos; sin embargo, digo que en el desierto está la vida, es la vida que canta en los huesos.

Las palabras constituyen la armazón en la escritura, lo que nunca muere, lo que está a la espera de que lo despertaran, lo recubrieran, acogido, abrigado de nueva carne; cada recodo suyo oculta mil caras distintas; estar en esta actividad se vuelve muchas veces intolerable; en ella se oculta todo enigma y misterio; puede ser que el secreto de lo inquietante fuese el lenguaje; sin embargo, es una forma de pensar a las anteriores y el secreto puede ser algo distinto de la palabra, aquello que ella no alcanza a nombrar, lo que queda sobrando; lo inasible, que no puede nombrarse.

Cada vez que tenemos la creencia de haber descubierto algo, la verdad de ese algo, se debe saber que la verdad tiene mil rostros imaginados, reales, comprobados, de todo tipo; lo único real o verdadero son sus múltiples senderos, la posibilidad de todas las perspectivas posibles, pues cada vez que “descubrimos la verdad”, es una lectura de ese algo siempre incompleta, errante. Sin embargo, este es un juego recurrente de interpretar, darle un sentido a todo, y constituye nuestra huella.

Escribir es darle otra configuración a lo ya existente, es traer a la memoria del presente lo que otros ya pensaron o experimentaron, hacerles honor a ellos; en nosotros moran muchas vidas, reproducimos lo de otros en nuestra singularidad. La Escritura, más allá de lo

evidente de signar, de garabatear; cuando escribimos, somos la fuerza, el efecto de otros que, también, han soñado nuestros sueños; de experiencias antiguas, así no tuviéramos memorias o vivencias de ellas, pero, también, la esperanza, el futuro de los que empiezan. Por eso, el volver, aunque nos consumiésemos, fuésemos cenizas; en realidad, nada se encuentra de esta manera, puesto que el retorno es la reproducción de la experiencia de los otros en mí; lo que escribo, lo que siento, ya otros lo habían vivido, experimentado, como lo que hemos perdido también vivirá, volverá. Volverá en usted, lector.

Palabra moribunda, agonizante, sin destrucción completa, es el que escribe; deshecha, loca, en jirones, retorna; palabra de todos y de nadie, por eso, a veces, la presto, la dono y me la robo. Sentidos condensados, experiencia que amalgama, desplaza, ex-apropiación, ya pertenece a otros lo que se ha dicho en la Escritura; retornar por añoranza, por lo querido, por carencia, por destino.

Siempre se ha tratado de nosotros, ¿dónde me dejé?, ¿dónde me olvidé? Cualquiera de mis partes habla, me he estado buscando... Recogemos nuestros fragmentos, nos armamos; a veces, el volver resulta gratificante y otras veces insoportable; es que siempre atemoriza verse los propios recovecos en el espejo, el reflejo que casi nunca miente.

Doy a todos a manos llenas, extendidas; estoy sola, me siento de esta manera; es mi soledad entre los otros la que habla:

—Cuando estamos entre los demás, nos encontramos verdaderamente solos; ellos me hacen sentir así: desvanecida, espectral, transparente; les soy imperceptible; sin embargo, escribir es un milagro, mi acto más puro e inigualable de amor para los otros, el inagotable amor, que es la Escritura.

Tengo en la punta de la lengua la palabra exacta, pero siempre termino por escribir otra, esa es mi frustración. Escribir porque en la realidad del mundo no es posible y no es porque aquí me entendiera, me comprendiera, sino porque, al menos, en este lugar me puedo expresar, decir cosas que allá no se me permiten, puesto que la palabra es el medio más eficaz para hablar consigo mismo y el que habla consigo mismo nunca estará solo.

Esta es la promesa que se hace en esta Escritura, que el que escribe nunca puede encontrarse en soledad, aunque, en la realidad del mundo, se sintiera, pero no fuera de esa forma, y es que en la Escritura hay toda una vida social, no hay tiempo para hartarse; lugar de todo lo posible, lo realizable, es la Escritura que, en la realidad del mundo, se llama sueños.

Aquí la ilusión, el estar de esta manera es el alimento, lo que sustenta esta Escritura; así, quiero que se mantenga el lector, con los pies en alto y los pensamientos de esta forma... pensamientos que elevan, no existen la gravedad o las leyes físicas de la atracción; y es que el imaginar, el soñar hace vivir al que escribe; solo de esta manera es posible su ser; su existencia se remite a escribir, a llevarse flotando, soñando, y la Escritura es el crecimiento de esos sueños, es la evocación perenne lo que le da fundamento.

Es toda una aventura la reiteración de lo mismo-distinto de un pensamiento, pues exige un diferente vivir; no consiste en decir lo mismo con otras palabras, sino en transitar por los mismos caminos y visibilizar lo que antes no se veía, que en otro andar anterior se ha ignorado, pues algo ha cambiado, es distinto, enrarecido, la mirada lo cambia todo y lo hace vivir como si se tratara de la primera vez...

Por ignorado o por olvido, es el retorno; la imperfección permite la búsqueda, el movimiento; el aprender, el conocimiento. Volvemos por imperfectos; en este retornar, la imperfección es lo que se quisiera que se viera, la imperfección de estos pensamientos. Somos viajeros, trotamundos en la palabra; la mirada, que siempre cambia, como un fotógrafo cuando cambia de lente para mirar de diversas perspectivas las cosas, lo que permite el narrar, el que siempre hubiera algo que decir, aunque otros, o nosotros mismos, lo hubiéramos oído o dicho.

¡Y es que todo no puede decirse en un párrafo, en una hoja de escritura! Por eso la reiteración, el volver a las mismas cosas, a los mismos pensamientos, que van mejorando o empeorando a medida que se los van recorriendo, mirando los reverses, los dédalos que van tomando, pues lleva tiempo decirlos, cernirlos; son experiencia viviente, como la vida; al igual que ella, cambiante.

Escritura de ensayo, de mucha falla y error; la osadía de esta Escritura consiste en eso, en atreverse a probar, a experimentar inclusive sabores, colores, como si se tratase de una cocina o de un laboratorio, todas las formas posibles de realizar esta Escritura, de presentarla..., ya que sospecho de estos pensamientos consignados en este espacio; por eso, volver a ellos, así no serán letra muerta.

¡Cuánto duele un pensamiento!, fiebre que no nos deja llevar bien con el mundo, nos ha valido ardores, en ti, Escritura; crisis, todo tiende a yuxtaponerse, reverbera la sangre; boquetes, donde se disemina la fiebre; cuevas que se vuelven los ojos, los abismos, como una boca abierta; entregar, donar el cuerpo al cuerpo, donación sin recompensa.

Mis sesos están secos, son como hojas marchitas que el simple contacto o sensación de calor pueden llevar a que ardieran; entonces, habrá fuego para la cocina, para los alimentos, arderemos en ello, pues constituyen su pasión: arder en palabras, en pensamientos; solo el fuego, el calor, el afiebramiento lleva a que todo fuese más digerible, a que hubiera alimento, pues noche y día lleno mi cabeza de sueños, a veces al estilo del caballero andante, como don Quijote, toda clase de posibilidades, no solo para hacerme feliz, sino, y sobre todas las cosas, hacerlo feliz a usted, lector.

Por eso, trato de construir mi ciudad con un parque de diversiones, para que no se fastidie el lector; un ocaso en el campo le he creado, una silla para que se sintiera más cómodo y elevase sus pensamientos como humo de cigarrillo en esta Escritura, y una plantica de cualquier tipo, que quiso que no se identificara; obedezcamos a su petición; como decía, una plantica indistinta, a punto de exhalar su último suspiro para dar vida a otros con su cuerpo, su acto de amor más puro e indefinido, que solo un ser así puede ofrecer, como

“cuando el salvaje pelicano decide ofrecer su pecho para que lo devoren sus pequeñuelos, sin más testigos que aquel que supo crear semejante amor para avergonzar a los hombres”.⁶

Un país, un mundo tal cual como lo recuerdo, creo, lo hurto en mi memoria. Un mundo de los otros, tan múltiple, donde todo pudiera coexistir, pero, a la vez, tan distante, tan extraño, tan lejano, es la mirada que siempre cambia, modifica, altera, incluso por locura; cuando creamos, nuestros ojos se vuelven como lupas, una mirada microscópica siempre en el detalle; mirar lo imperceptible, la pequeñez, no por defecto o peyorativamente, pues para escribir es necesaria una visión de esta forma, engrandecer, aumentar aquello que no ven los ojos físicos, y es porque vemos trozos, fragmentos, porciones, restos sueltos, yuxtapuestos o compuestos.

La unidad de un todo en el ver o el mirar es ilusoria, pues el sentido es el que cambia el ritmo de la posición del cuerpo-escritura que, a veces, nos deja entrever su espalda, otras veces su vientre y lo que damos por sentado se desordena según la posición de ese cuerpo, de la óptica en que lo veamos; el sentido es el que siempre cambia, lo que, aunque estuviéramos tan cerca, fuésemos próximos, genera en la Escritura siempre esa sensación de desapropiación, de no pertenencia y no identificación.

Escritura laberíntica; el escribir constituye un laberinto; la Escribiente perdida en su texto, en su propio tejido, urdida en el entramado, hace y deshace su tejido; a veces se traba, se pone zancadillas en su construcción, se disuelve en secreciones, en humores, en fluidos que construyen su artesanía que, si llevara al mercado, no resultaría vendible por incompleta, inacabada ante las miradas de los demás, pero, a la vez, mágica, milagrosa; el inacabamiento, su incompletud es toda perfección, porque da oportunidad a que los otros también entramaran los hilos para formar su propio tejido de los otros.

El laberinto se construye en la trayectoria del caminar, pues todo tiene razón de evocarse, así no existiera coherencia lógica en un pensamiento seguido de otro; todo resulta comprensible, asequible, sobre todo cuando hablamos en la Escritura de lo que sentimos; cuando hay muchos sentimientos a la vez, no puedo decirles:

—¡Por favor, hagan una fila! ¡Uno tras de otro! ¡Enumérense! ¡Ordénense del más pequeño al más grande, del más necesario al más vano, según quien necesite o es más urgente que se manifestara de primero! ¡De uno en uno, en una filita! —Como si se tratase de un comunicado militar o de una entidad bancaria, no puedo decirles:

—Si no se ordenan, cinco flexiones de pecho, ¡arrr! O no los atenderé, mientras no están perfectamente alineados. —En mí, todo se acumula, habla a la vez. Ni yo misma sé el origen de esta saturación, de tanta aglomeración.

Nos desconstruimos en la medida en que vamos escribiendo, ¡nunca se sabe con qué nos puede salir la Escritura!; embriagada de la perdición es como me encuentro, de pensarlo

⁶ Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont. *Los cantos de Maldoror*. Bogotá: La otra orilla, 2007, p. 45.

todo; tanto es así que desvarió en ello, por eso mi delirio; tanto es mi retornar, que olvido para que llegue lo nuevo, multiplicación de lo mismo-distinto.

Muchas veces, cuando leo mi Escritura no la reconozco, parece que la hubiera escrito alguien externo a mí. Escribir es sentirse extraños, así lo escribiéramos; supervivencia infinita es la Escritura, que supervive en la deformación; inevitable deformación es la Escritura, juega con la realidad, que cambia para el que escribe como para usted, lector; este es mi amor hacia usted, amor por lo que no he visto, por nuestro nunca encuentro.

A veces, quisiera inventarle chistes, para que esta escritura no fuera tan solemne, o tal vez una anécdota, para que se riera a carcajadas..., pero no es posible, me tiene prohibido esta Escritura revelar esas cosas, puesto que lo que para mí es algo gracioso, para ella es vergonzoso; todavía vive y piensa muy como las demás escrituras: una escritura impoluta, sin mancha, sin error, ¡como si las demás no pasaran por lo mismo, antes de ser lo que son!; pero esta Escritura es demasiado terca y vanidosa como para que permitiera contarles esas cosas y, en todo caso, quisiera bromas o chistes muy sofisticados, de esos que se ríen de ¡jo, jo!, ¡qué exquisitez de humor!, pero yo de esos chistes no sé contar, ni mucho menos me pondré a inventarlos.

(Sin embargo, apelo a su nueva visión, que se le confirió y, si puede ver algunos chistes en blanco, en escritura blanca, que están en esos párrafos que dan la sensación de amontonamiento, de sopor, allí están ellos, para que la lectura fuese más ligera y, en verdad, así son, dan la sensación de volar, que los renglones de esta Escritura corren más rápido (guiño)). Pero ella verá cómo se presenta; si llega aquí llorando, diciendo que el lector se durmió de físico fastidio o la dejó tirada sobre alguna mesa, quiero decir que lo advertí, si no supo tensar, trenzar los sentidos, hilar un canto, un instrumento, tal vez un arpa, una guitarra, seducirlo con su melodía y atarlo de pecho.

Todos los días son un ritual de la rutina; yo trato de sacarle provecho al mirar lo mismo-distinto a ello. Es tanto mi pensar, que resulta algo irracional; existo en un estado de destrucción que, en verdad, ya no puedo más; mis yoes no son bienvenidos en ningún lugar; ustedes, en la realidad del mundo, se empezaron a hacer notar. Descorazonada es como me encuentro; nada, en verdad, puede llegarme, tocarme o permearme; este es el mal que me he hecho al permanecer petrificada, momificada, ¡ya quisiera ser un cadáver!, pues esta sería la máxima expresión de dar, de ofrendar, que te devoraran los gusanos, servir de alimento, que solo el crear puede con semejante grandeza de darlo todo, sin dejar nada para sí mismo, entrega total exige; emprender de nuevo el camino con pies palpitantes.

Locura de tanto soñar dicen que es mi enfermedad, la vida flotante, vivir en desmesura...; el vivir delirante, en la realidad del mundo, no resulta aceptable, tolerable; entonces, ¿qué hacer?, ¿renunciar?, ¿cambiar? No. Disimulo. ¡Cómo duele parir un pensamiento!, mi cuerpo es un doliente cuando nace uno, ¡ese es mi legado!, la Escritura que nace del cuerpo y se escribe con él, la cura y la enfermedad de quien escribe; el *phármakon*, veneno y salvación al mismo tiempo, única palabra que da la vida y la muerte.

Mis pensamientos a veces son dolencias, síntomas de mi cuerpo; esta es mi enfermedad, soy la Escribiente doliente. Amar lo que se hace, amar la vida, incluso en la intemperie, una y otra vez, infinitas veces, amanecer con otra piel, ser la misma-distinta siempre, reírme de mí misma, de mis cadáveres. Cuando no se vive el pensamiento, morimos en el pensar, ¿cuántas muertes no he padecido en mi pensamiento?, ¿a cuántos funerales asistí?

Fecunda intranquilidad de decirlo todo. ¿Quién tiene la posibilidad de ordenar, de medirse sus recuerdos, como si se tratase de ropa y zapatos, para saber si le quedan bien o no? Solo la fecundidad de heredar. Cortocircuitos hay en el pensamiento que no me permiten el todo seguido, pero habrá que verlo de la mejor forma, no habrá tiempo de hartarse, ¿quién sabe qué pensamiento pudiera surgir!

Esta Escritura es un esbozo, así se siente; siempre podría haber mejores versiones tuyas, por eso recurro a los mismos pensamientos para dar sus mejores versiones; aun así, aunque pienso un mismo pensamiento de todas las formas y modos posibles, es un pensar precario, pobre, unívoco, todavía no sé ver un pensamiento desde todas las formas posibles; los encuentro en el pensar, el meditar mucho sobre ellos, lo que hace que los viera desde diferentes perspectivas, pero quisiera ver con muchos ojos, a lo mosca, muchos ojitos en un ojo, y cerebros; es decir, una colectividad, muchas personas que piensan una misma idea, a multivoces, como si muchos cerebros estuvieran en mi cabeza; creo que esta forma de hablar constituiría todo sentido.

¿Cómo diseñar un guiño? ¿Un pestañear de un ojo? ¿Un mover de labios de escritura y que se los identificara de esta manera? ¿Qué giros tendría que dar esta Escritura para que el lector dijera en este momento, en este párrafo oigo el moverse, el unir, el apretar sus labios, ¡los está humedeciendo!; tal parece que la que escribe, escribió un beso, ¡oh, me acaban de dar un beso de escritura!, cómo delinear algo así? O, al menos, constituir simulacros, esperanzas de ello y que el lector los detectara, sin anticiparle, sin pistas. No queda más que el cuestionarse. El interrogarse es lo único en lo que no hay duda, desaparece la pregunta. Responder con otra indagación es la respuesta.

Todo se va diciendo en esta escritura, para que, cuando llegue el momento, ya no se tuviera nada que decir; se escribe de tal forma que la presencia del que escribe no se requiriera.



Figura 4. Resistencia.

ENSAYO, ESCRITURA, EDUCACIÓN, SOLEDAD Y MUJER COMO EJERCICIO PEDAGÓGICO

¿Qué queda por decir cuando todo se ha dicho, cuando hemos dado a manos llenas, rebosantes, extendidas, cuando ya no es posible pensar que se dirá después? Como el acróbata del circo, que se sujeta de una cuerda o la barra para no desplomarse, yo también, igual que él, soy una acróbata de la escritura o un Tarzán que va de liana en liana o de palabra en palabra para no caer, para no sentir la sensación de vacío, ¿qué pasará cuando ninguna palabra, sonido, sensación me sugieran algo? ¿De qué se alimentará, como crecerá la Escritura cuando no pueda originar ningún pensamiento, cuando estamos acostumbrados a una escritura de pensamiento?

—Yo propondría una escritura de olfato, al igual que un perro busco el rastro...

Escribir no solo son graffías, sino pensar en escritura y, aunque escribir es vital, no me entrego en esta labor porque en el pensar, el imaginar, el hablar viene lo único, lo irrepetible y, también, lo efímero, que desaparece en el momento en que lo proferimos. Es el estado más libre de las palabras y es que, antes de escribir, la Escritura ya era, ya moraba en nosotros, vivía en los ojos..., porque ver es tocar, sentir, las manos son visión, mirada, ojos; es la Escritura que se vuelve cuerpo, se vuelve sensible, pero el mucho pensar, conocer, nos ha vuelto fríos, perfectos, nada que decir, nada que aumentar, nada que quitar, nada que hurtar.

Mi perfección no permite ni devolverme ni avanzar y esta llenura nos ha tornado vacíos, a la espera de que nos colmen.

Llamado

Subiré a las montañas, iré a los desiertos, te buscaré en sueños; ¡oh, soledad!, mira que mi cuerpo está en los huesos y mis carnes son jirones tirados en los caminos, los pájaros las han comido, los vientos las han llevado, ¡mira lo que he hecho para llegar hasta ti!

Mis pensamientos son ardores, estoy cansada de mi misma, de este yo que no conduce a ninguna parte. Mira, ¡oh, mi soledad!, lloro mucho, parezco un diluvio, pero aun así no calmo mi sed y esta necedad constante que me acrecienta, que amenaza con depredarme: ¡ven, con tus aguas calma mi sed, lávame la vida, permite que, si bien no puedo hablar contigo, entonces que tu callar, tu silencio me hable, no me prives de ello..., aquí espero como luna en el día y la noche; no dejaré de estar aquí hasta cuando vengas, brillaré como las estrellas, hasta que me apague, derrocharé como si fuera unas venas abiertas.

Ahora, mi cuerpo sufre las secuelas de la conciencia (no es desconocimiento o negación ante lo mental), tal vez debería dejar que hablen los trozos, las porciones, las privaciones, que un recto, un hígado, ¡que mi trasero hable! y lo oficial, lo permitido se acalle.

Al hozar en nosotros mismos, en nuestros humores, olores, me distraigo en cualquier parte de mí; mis ojos ya no resultan útiles para llorar por mi exceso de él, entonces que otros orificios lloren, para que se filtre mi llanto. Siempre he estado buscándome, acudo al territorio de la mirada, pero no a cualquier mirada, sino a una mirada microscópica, tan de cerca que ya no se mira, sino se toca, como el astigmático, ojos como brasas encendidas que, de tanto ver, se han quedado sin visión. La visión ya no es útil, todo lo deforma y, al deformarlo, lo crea, un nuevo cuerpo, dimensión que le da gusto o sufrir a los ojos. Y en esa no distinción de las formas, en la borradura no queda más remedio que palpar, acudir a las caricias, a las tensiones de ese cuerpo; entrar en su primera intimidad, que se humedece, que se revuelve, que se afiebra en el contacto con otros cuerpos.

¿Cómo despojarnos de aquello que nos ha condicionado?: el saber, el conocer también lleva a condicionarse; al igual que un ratón, bajamos o subimos la palanca por recompensa, por alimento.

Escribir en la soledad de la Escritura es ser cuerpo, mujer, lo más patente de ese cuerpo, pero lo más oculto, también; lo que emerge desde muy lejos, desde largas distancias, insospechadas; es lo salvaje, lo indómito que se encuentra en nosotros; siempre ha estado aquí, sumergido en polvos de olvido y simulaciones de su no existencia; ese algo quiere hablar, pero nuestra humanidad, nuestra sabiduría habla en voz alta.

Hagamos un llamado a la noche, para sacudir esta sabiduría; cuando el saber no es más que una posesión y, también, una posición ante los demás, el intelectual rechaza, coarta, limita, margina “al que no sabe”, al que no es como él, igual que ocurre en las clases sociales.

Hablar de la soledad de la(s) mujer(es) en la Escritura es devolver su naturalidad, su materialidad a aquello que se ha silenciado, ocultado, pero que adquiere voz; un grito hacia lo definible es la palabra-cuerpo, que atraviesa, rompe, desestabiliza lo enmudecido en nosotros: apartada de todas partes, de todo círculo en el que pudiera tener contacto con el mundo, no estoy aquí para abrazar viejas ideologías, para inflarlas.

Todo me delata, singular, errante; mi cuerpo me mantiene como evidencia; así quisiera disimular, ser como ellos, el ser mujer no es curable.

—¿Le duele?

—Tome esto, —me dicen, pero esto no remedia el hecho de ser mujer; solo lo evadimos, lo olvidamos por algún tiempo, hasta cuando durase el efecto, y así somos extranjeros de nuestro propio cuerpo.

El dolor nos expone, por eso eclipsamos esa llaga, esa herida, eso terrible en nosotros cuando todo lo queremos racionalizar, mecanizar; la premisa ha sido sentir siempre lo que hacemos, eso nos mantiene vivos.

No me es posible escribir más; dejé de vivir, para conferirme al pensar; necesito ir a las calles, a la noche, perdí la pasión de escribir, soy un cadáver en mis pensamientos, he muerto en ellos; ¿hace cuánto no escribo un pensamiento insuflado de vida, de fulgor, de rojo?

Ahora, solo importa llenar de prisa las hojas en blanco, pasar rápido la página, acabar pronto esta actividad, la rutina de estas ideas; solo me interesa dejar, uno nunca termina de escribir, abandona.

Escribir para delegar, para que otros asuman mi tarea. Mi soledad la heredo al lector, que acoja mi don como yo también lo recibí de los otros; aliviane mi carga. Torne palabras lo indecible, que no sea como mi Escritura que, cuando leo a los otros, resulta que ya las han dicho, tal cual como yo las he pensado. Los otros hablan, se sirven de mi voz, de mi boca; ya no puedo decir nada, otros ya han hablado, digo lo que otros ya han dicho, ya no debería decir: yo pienso, yo siento, pues para poder explicar lo que siento tengo que recurrir a otros; tal vez lo apropiado sería decir yo cito a...

La Escritura, al igual que el cuerpo, se rehace, se reconstruye: injertos, prótesis de los otros cuando quedamos incompletos, deuda con los otros. Nueva carne es la Escritura, que se regenera en la donación o trasplante que nos hacen los otros.

La Escritura como hospitalidad, dice Cixous, acoger lo distinto, un confluir de los otros sin jerarquizarse, amistad en el convivir, coexistir sin destruirse; cuando depredamos, lo otro no vendrá, como también cuando detenemos su fluidez, por susto, la racionalidad muchas veces pega gritos, se escandaliza de lo otro, me dice:

—¡Ay, no!, ¿cómo vas a decir o confesar eso, mejor ni lo digas, ni aquí ni en ninguna parte, ni a la almohada! Una de tres: que se muera u ocúltalo donde nadie lo vea, ni tu misma sepas donde se encuentra o, mejor, pódalo, como hacen las personas con un árbol, cuando crecen en demasía sus ramas; yo no sé por qué no puedes hacer lo mismo, darle a eso una forma aceptable.

Escribir, no para iluminarse, sino para perderse; el caos es mi origen, perderme es mi don.

Escribo para sentirme, para saber lo que pienso; me pierdo en mi Escritura como en una ciudad, la recorro, parece que lo hubiera escrito alguien externo a mí; es como salir del

campo e ir a la urbe como desplazado, sin posesión; entonces, la hospitalidad comienza... Compañeros de travesía hemos de tener, ya fuesen aliados o contradictores, aunque solo existieran en la realidad del papel.

Esto es la Escritura, un diálogo con los otros del yo, de la palabra; esta es mi hospitalidad, percibir; mi cuerpo se ha convertido en una oreja, para oírlos a todos; nunca he estado sola, siempre estuvieron mis otros en el camino; todos los que llegan y habitan aquí son mis invitados de honor a departir en la Escritura, son amor por lo desconocido, por lo silenciado en mí; mucho tiempo me he escandalizado entre ustedes, ante sus ocurrencias.

Escritura delirante me han heredado, no escritura del delirio; esta es la hospitalidad, en la Escritura ofrenda todo de sí al que llega, hospitalidad con el viajante, generosidad que no menosprecia, que no tiene rostro, que no señala; la generosidad de los otros ha permitido escribir, que esta Escritura fuera; generosidad que da sin esperar nada a cambio, sin reciprocidad; no se puede dar si se está esperando recompensa.

Amor rebosante e ilimitado es la Escritura; en ella todo lo puebla, siempre al encuentro, a la ayuda, sin que se la llamara, todas sus partes, su todo grita, llora, baila:

—Ven, yo te ayudo, danza en el dolor, lloremos en la dicha, tomemos el sol, vamos al baile, llévame, abandóname cuando ya no me quieras, cuando ya no me necesites; que tu andar no se limite, déjame en el camino cuando ya sea una carga, pero vuelve a mí si te necesitas, si te extrañas, sin más ni más, sin excusas, ni perdones, por curiosidad, por enojo, vuelve a mí, extraño, ¡oh, forastero!, caminante, andante, amigable u hostigante.

La generosidad de la Escritura nos habla, nos acoge tal cual somos otro, pues el encuentro con los otros lleva siempre a sorprendernos cómo nos describen tan bien sin que nos hubieran conocido; la Escritura es la relación con el extraño que se vuelve íntimo, pero siempre conserva su condición de extrañeza; es el vínculo sin posesión, como una relación de sangre, puesto que para vernos acudimos a los ojos de los otros.

La Escritura del otro es devenir mujer, que es Escritura del otro; estado perfecto, porque lo acoge. Todo en mí es una operación matemática, se multiplica; multitud de voces hablan por mi boca; hasta para decir brazo debo decir nosotros, pues todo en mí es una comunidad. Lo común, lo que tenemos en común migra a esta escritura; para todo hay espacio, lugar en ella, influenciada por lo otro, ¡a todo imita esta Escritura!, podría asemejarla al palimpsesto, rastros de los otros hay en ella, es su supervivencia.

Siempre escribimos sobre lo ya expuesto, así fuese el espacio en blanco, la hoja rasa, puesto que el palimpsesto nos devuelve siempre a una escritura anterior, posibilita otras. No hay comienzo, solo continuaciones y es porque la Escritura es un eco inagotable de los otros que hablan, redes que nos unen a ellos. Reescribir lo ya escrito es redescubrir, ir al reencuentro con el propio-extraño, tomar prestado lo de otros.

Aunque no tenga conciencia de un particular, quería crear algo para mí, de mí, pero hoy me doy cuenta que escribir es siempre de los otros y mío también, porque soy el otro; varias

escrituras introducidas en esta Escritura, nada en verdad se borra, nada se olvida; los mismos pensamientos se adaptan al tiempo, al que escribe, al lector.

Esta Escritura, como otras, es una forma de continuar su itinerar por medio de la reiteración, repetirnos, retornar por no ser suficientemente dichas las cosas. Mi Escritura es una representación de escritura; el que escribió por primera vez fue creador en todo el sentido de la palabra.

Presento esta Escritura con moretones, tachaduras; los sentidos ya no son tan legibles, emborronadura, mancha, borrador y tinta ha pasado por ella, esta es la consecuencia de escribir sobre lo escrito por los otros, lo ya dicho.

Culminar la escritura de una página es una deuda a todo aquello que ha permitido su ser; los pensamientos traen los pasos de un caminante anterior, una especie de destino que hace que convergiéramos, que hubiera el encuentro; retomamos lo que otros han caminado; los pensamientos son un organismo vivo, herencia; inclusive genética de los otros, experiencia compartida del andar. Solo el andar es verdad, solo la búsqueda es la certeza, la quietud es la muerte, el enemigo del caminante; el caminar constituye mi patria.

Callejear por los pensamientos, por los recuerdos, estar siempre abiertos, dispuestos a las posibilidades del viandante. La Escritura es un perdedero, un laberinto que nos construimos con la palabra; entre más escribimos y pensamos, nos perdemos en nuestro tejido; no hay salida para el laberinto, solo el abandono.

Con puertas abiertas nos recibe la Escritura a toda su extensión; podemos recorrerla, pero también es perturbación, carencia, porque es inagotable; la Escritura lleva a describir el texto, ir descubriendo el cómo se quiere decir las cosas, recorrerse.

El texto es algo más grande que la Escritura, es un universo, constelación infinita, fácilmente podemos extraviarnos. Entramos por medio de la palabra solo una parte, un fragmento suyo, es inabarcable, lo dado para que fuera Escritura, la diversidad del todo, la exterioridad, lo expuesto e inaccesible. La Escritura es el contexto del texto.

El camino se distribuye en muchos senderos, es una escritura a lo grillo, salta de un lugar a otro para conformar el laberinto, nuestro andar se adapta al salto; al caminar se conoce; el camino representa lo vivido y es que, en el que camina, nunca habrá conformismo, rechaza el estatismo y la actitud sedentaria, desobedece a lo previsto. Son formas de vivir en la incertidumbre, en la indecisión y en la flexibilidad, que solo el caminar posibilita, al generar espacialidades donde todo pudiera converger, en las que los límites de lo permitido o no se han difuminado.

El caminar constituye una herramienta pedagógica para cualquier actividad creativa y, por lo tanto, un acto poético, que permite la hermandad, ya que los caminos confluyen hacia el encuentro, que es vecindad con lo otro; creamos en la medida en que aprendimos de los otros; la vecindad con el otro lleva a asumirnos como paseantes y huéspedes de diferentes configuraciones, puesto que caminar implica el conocimiento compartido, ya que en

nuestra singularidad existe una colectividad que nos conforma, en la que a muchos, en nuestra particularidad, recorreremos el camino.

El acto de caminar como Escritura es el deseo de los otros, del diálogo, como formas de expresión artísticas que solo el que camina puede crear; al ritmo del andar se escribe; si no caminamos, ¿qué escribimos? El caminar es una necesidad orgánica, es estar en contacto con lo vivo, con lo que nunca muere en nosotros; cuando caminamos, recuperamos el ritmo orgánico de la vida.

Caminar es volver a nuestra naturaleza, es estar en su búsqueda; es subversivo, denuncia formas de existir que solo van encauzadas a la productividad. No me pueden pedir productividad o utilidad al pensar; escribir no es práctico. Pensamos, escribimos al ritmo del camino y andamos al son de los despliegues múltiples de la vida. Caminar es resistencia, supervivencia ante lo previsto, ante las imposiciones.

La Escritura es un gran laboratorio, sala de ensayo; en ella, las posibilidades son infinitas; a menudo nosotros somos las barreras, el límite, pero no crean, para escribir se necesita su científicidad, millares de pruebas se ponen en práctica: este ya está listo, mirémoslo a ver qué efecto tiene o si funciona, ¡todo por que estuviera atento a esta escritura, lector!

En este laboratorio, nada se prevé o controla; a veces, ciertas combinaciones alteran su resultado; así hablemos del mismo tema y pensamiento, nada es repetible; no existe la réplica; ningún otro Escribiente, así se le diera una carta de instrucciones, podría repetir el mismo proceso creativo y, aunque lo hiciera, no obtendría el mismo resultado.

¿Qué cosa podría inventar para el lector que lo sorprendiera y evitara sus bostezos? Hmmmm, ya lo he vivido. Algo que lo mantuviera con los ojos abiertos, expectantes y dijera:

—¡Huy, esto está buenísimo!, hay que continuar; ¡miremos a ver con las que sale esta Escribiente! —Le regalo el espacio fértil, el aliento de ser múltiples posibilidades, la ilimitud: la hoja en blanco.

Convivir con la soledad de la Escritura es algo a lo que todavía no se acaba por acostumbrarse; siempre se tiende a abandonar por hastío, por saturación, por incapacidad, por temor.

¿Cuántas veces me traicioné? ¿Cuántas veces fui mediocre y abandoné? Morar en esta soledad de Escritura no es igual a la soledad de cada forma de existir, sea viviente o no, ya que esta es una condición intrínseca de todo ser; no por el hecho de relacionarnos con el otro anula esta condición; es como cuando nos encuentra la muerte, estamos solos, y no realmente por esto, sino que nadie puede estar en nuestro lugar, es intransferible el vivir como la muerte, nadie puede replazarnos, hacernos un turnito. Por eso la soledad de la Escritura es la excepción de toda regla; decidimos estar solos, decidimos estar con nosotros mismos.

Un terco amor se necesita en la Escritura; el mundo nos exige abandonar, mostrarla, el producto, entregar.

Escribir es una elección, me abandono en mi soledad. ¿Por qué escribir?, porque quiero producir mi mundo, como quien fabrica sacos, pantalones, chaquetas; confecciono mi artesanía, una mantica, para que se abrigue el lector.

Si escribimos por recompensa, por encargo, por terapia, perdemos el tiempo: la soledad de la Escritura no devuelve nada, no compensa nada, no promete nada, ni siquiera el rendir de las líneas o el llenar el espacio en blanco.

Escribimos para burlar la soledad de la Escritura; no existe tal condicionamiento, porque todo la invade, la permea a su gusto o no, por lo que traigo ahora a esta Escritura un refrigerador, para desestabilizar esta soledad, el personaje cocinero, Nicolasa, y su puesto de empanadas del *Museo de la novela de la Eterna*, sea efectivo o no, o tal vez viniera a lugar, puede que usted tuviera hambre, lector (el refrigerador es con el propósito de incomodar esta soledad); ella distraía a todo lector y peligraba que no se leyera la trama de la novela, entonces canceló su negocio como un acto de amor hacia ella, puesto que muy bien le iba con las empanadas, que estaban justamente ubicadas en la entrada de la novela, pero aquí tiene otra connotación: lector, si empieza a soñar con esta Escritura, prometo delinear con mis palabras la forma de una empanada y, ¿no es por nada?, me quedan mejor que a Nicolasa.

Me la llevé sin pedir ningún permiso; al fin de cuentas, ella se descartó por sí misma como personaje de la novela; entonces, ¿cuál robo?; se vino a esta Escritura sin poner ningún tipo de resistencia, la traje en una nave y me decía, en el trayecto hasta aquí:

—¡Extraño tanto estar en la Escritura, llegar a ser un personaje!

Pido disculpas, al escritor del *Museo de la novela de la Eterna*, por transferirla a esta Escritura; de todas maneras, si bien nunca fue un personaje en ella, sí fue un enunciado, un simulacro de llegar a ser en ella. Prometo cuidarla,

—¡Venga, Nicolasa, hagamos empanadas, el lector debe de tener mucha hambre! ¿Con qué quiere acompañarlas?, estamos en confianza, lector, dígame y buscaré un personaje, en otras escrituras, que haga café, chocolate o la bebida que usted prefiera; que ¿por qué no puede hacer Nicolasa el café, o yo como Escribiente? Bueno, porque cada personaje tiene su especialidad, a cada quien lo instruyeron en lo que hace y, no es por nada, Nicolasa tiene un Master en empanadas; no se preocupe, lector, queda en buenas manos. (Un lector que va a llenarse de empanadas, ¿podrá seguir con la trama de esta Escritura?)

—Quiero otra empanada.

—Termine de leer y le doy otra.) — Un doble paréntesis agréguele, Escribiente, no queremos que se entere el lector:

—Conseguimos nuestro objetivo, Nicolasa: acabará de leer esta Escritura; si bien no la sueña, al menos sí terminará su lectura, ¡quién iba a pensarlo!, comida para atarlo de pecho o de estómago a esta Escritura. —No olvide, Escribiente, agregar muchos paréntesis, para que no se dé cuenta el lector, si bien no podemos internarlo, introducirlo a esta Escritura por lo menos si llegará por el estómago, porque su relleno contiene sueños de ella.

—¿Le gusta la mazamorra, lector? Vamos a donde *El coronel no tiene quien le escriba*, a ver si le regala al menos una cucharadita; ¿quiere algo más fuertecito? Vamos a *Opio en las nubes*; seguro el Pink Tomate le regala un whiskycito con hielo trip-trip. ¡Ahí, personaje de empanadas, no; va a haber uno de bebidas! Si no le gustan esos personajes que se le ofrecen, podemos inventar, crear uno propio de esta Escritura, solo para el lector de esta Escritura.

La Escritura es la oportunidad de estar en los otros, no como comprensión, sino vivirlo en nuestra carne; no es una analogía del como si, o se parece a... En la Escritura, a mí me pasa; entonces, empieza la amistad; la Escritura es un contagio de la emoción, de los sentidos; el contagio es contacto, acercamiento, piel; cuando se realiza un tipo de enseñanza lineal, sin pasar por el cuerpo, tiende al olvido.

El contagio del gusto por algo es como ocurre con un chef y su comida; es necesario guisar bien lo que el comensal va a consumir, combinar bien los ingredientes; solo el que hace y ama puede contagiar de ese algo que realiza, de aquello que ama tanto. Contagiar es compartir, comunión con el otro.

La Escritura es la capacidad de infectar a los otros con lo que escribimos; el contagio de la escritura literaria no remite simplemente a las ideas o pensamientos sobre algo; es disposición a dejarse conmocionar por el otro, es amor por él, aunque es difícil esta última parte, puesto que estamos inmersos en un mundo en que no estamos dispuestos a perdernos en la presencia del otro, por miedo; es necesario vaciarse, quitarse las viejas pieles, los atavíos invisibles que todo lo impiden y es esto lo que angustia y causa dolor; deshacernos de lo habitual, de lo que conocemos y a lo que nos aferramos tanto; así, la Escritura es un instrumento privilegiado de acercamiento a los otros, ya que leer y escribir son viajes virales, se reproducen en nosotros.

La enseñanza de la escritura y lectura remite muchas veces a la instrucción sobre unas ciertas habilidades relacionadas con cómo leer y escribir. La palabra se reduce a los usos del lenguaje, que nada le dicen al estudiante cómo la palabra, el lenguaje interviene en la realidad, puesto que escribir es dar nuevos significados a la existencia; vivir también es reescribirse.

El acto creador transgrede toda barrera, pues rebosa toda significación, institución, convención de índole social, cultural; la escritura constituye mundos que habitamos,

cuando leemos y escribimos; nuestro cuerpo explora cómo asumirlos, cómo atender a su llamado, cómo transitarlos; bien podemos asumir a la escritura como una modalidad de la escultura; esculpimos, moldeamos el cuerpo, la vida en las palabras.

Podemos enseñar a los estudiantes respecto a la escritura, la filosofía, la literatura, pero no el gusto por ellas. ¿Acaso se le puede enseñar a alguien a tener hambre o sed? Podemos enseñarle que coma, tome la cuchara, ingiera sus alimentos, pero no a tener hambre; este es un símil con la escritura; no podemos enseñar a amar, a sentir pasión, ni tampoco puede transferirse.

Podemos enseñar a leer, pero nunca a ser lectores y, por lo tanto, nunca a escribir, que la escritura fuera nuestra vida, que fuera una necesidad y no una mera obligación o mecanización: primero siento, luego escribo: siento escribiendo, escribo sintiendo. Los pensamientos cobran la forma de la epidermis, el contagio; el acto de escritura es la experiencia. Y no es reductible a la mera reproducción de la realidad, de lo vivido, porque muchos pensamientos, recuerdos, los hurtamos, los pedimos prestados y vivimos-escribimos tal como no los imaginamos.

El docente debe de ser un provocador de la práctica de la escritura, arar en el asombro de sus estudiantes, cultivar su sensibilidad, el gusto y la responsabilidad como sentidos y estilos de vida, lo que implica escribir, para generar aperturas en la realidad. Una realidad que nos vulnera, finita, imperfecta como nuestra humanidad, pero permite, por medio de la escritura, entendernos en esa realidad, como también transformarla.

Sin embargo, el docente se ha convertido en un trasmisor y la educación en una mercancía, un sistema de conocimientos que busca adoctrinar a los estudiantes y convertirlos en asalariados, obedientes, funcionales, útiles en una sociedad que se traduce en sujetos capacitados para un determinado oficio o actividad, pero mediocres, ignorantes, incapacitados para leer lo que los circunda; de esta manera, la escuela, el aula de clase se han convertido en lugares suministradores de conocimientos seleccionados y no de espacios de resistencia, espacios donde las personas aprendieran a leer la realidad, a través de la reflexión crítica, puesto que esta es una responsabilidad que cada persona tiene para consigo misma.

La labor del docente es no dar todo por sentado, sino develar el sentido común establecido por las prácticas sociales; ahí están la escritura, la literatura y toda expresión artística, como medios de creación y reflexión.

¿Qué tienen que ver educación y mujer?, ¿mujer y estudiante? Tienen todo que ver; la adaptación y modelación no solo intelectual, sino corporal, destruye toda creatividad, porque a mujer y estudiante, como individuos, socialmente se los vigila, como, también, deben desarrollar un determinado rol en ella; es difícil salirse de sus roles, pues se sanciona, se penaliza, se señalados socialmente.

Estudiante y mujer están en la sujeción e instrucción de otros ante la imposición de determinadas órdenes; aquí debe tenerse en cuenta que a mujer y estudiante se los ve como alumnos, es al que se alimenta, al que se hace crecer, que está a la espera de un saber, que es la educación; una materialidad que debe docilizarse, moldearse, para tener un futuro útil socialmente, en que realizase cada quien su función y su perfeccionamiento para el mantenimiento y sostenimiento social.

Así, pues, no se trata de la creatividad y la diversidad de las personas como seres singulares, puesto que la educación se ha fundamentado en preparar a individuos con ciertas competencias, habilidades previstas y predeterminadas para cumplir una labor específica en tiempo y espacio; a esto también se vincula la labor docente, que se cohesiona por asignaturas, por temáticas, que debe desarrollar en un determinado tiempo, como, también, tomar en cuenta las condiciones del entorno.

De modo que la educación, uno de cuyos elementos es enseñanza y práctica de la escritura, se fundamenta en la reproducción clara, precisa, lo que denominamos examen o lección, puesto que delimitan, determinan qué se permite saber y lo que debe sancionarse u ocultarse, lo que llamamos la profesionalización del saber; en este contexto, los que ocupan posiciones de poder seleccionan, categorizan y organizan el tipo de saberes que se debe tener en una determinada sociedad, que fijan pautas para su mantenimiento, puesto que las relaciones de poder y la profesionalización del saber hacen que surgiera el disciplinamiento del cuerpo (entendido el cuerpo en toda su amplitud, no solo como materialidad, ya que, cuando nos referimos a él, hablamos de la emoción, de la conducta, del intelecto).

En el caso de la mujer y el estudiante, un buen ejemplo de disciplinamiento es uniformarlos; es decir, la adquisición de maneras socialmente correctas, convenidas, sobre cómo se debe vestir, como también conductas de sujeción, de sometimiento al sujeto de poder y, en el intelecto, la restricción del saber, ya que a mujer-estudiante se los ve como desprovistos, ignorantes, lo que repercute en el comportamiento, o sea en lo emocional, ya que determinadas pasiones, en lo social y también en la interioridad, no deben mostrarse o, lo peor, permanecer inexploradas, ocultas, prohibidas.

Con esto, la referencia a la intuición como la primera forma de saber, olvidada, restringida, que no sigue un camino racional; por lo tanto, en los sistemas de conocimiento se discute su validez como forma de saber. Utilizar la intuición en la lógica del mundo es síntoma de locura, pues este saber nos prevé, es perspicaz, ve antes de que algo hubiera pasado; cuando se lo menciona, por lo general se remite a terminologías peyorativas, como la adivinación, la predicción, el palpito, la corazonada, que son, en todo caso, términos vulgares.

La intuición es lo silenciado, se resiste a su incorporación en las estructuras, el pensamiento codificado, las convenciones; sin embargo, no debe asumirse como una pérdida de la conciencia o negación de la fuerza mental, racional porque se recaería en un discurso de dicotomías, oposiciones binarias y jerarquizaciones; acoger, dejarnos invadir y actuar en ese algo mayor que nosotros, estar en comunión con lo que está fuera de toda formulación y explicación, que los muros del común, en los que estamos acostumbrados a vivir, no fuesen

el límite; entonces, la visión es más amplia, el mundo se vuelve más vasto, el vivir se vuelve más intenso. Cuando actuamos así, la vida ya no resulta simple; las cosas, todo cobra valor, importancia.

La intuición hacia los otros es un acto de amor desmesurado, generosidad gratuita, que no admite dimensión, pero resulta dolorosa porque establece mandatos (no debe asumirse como imposiciones o reglas, sino en el sentido de que lo intuitivo transgrede lo planeado, nuestros límites incorporados, conductas aprendidas; consiste en ir en búsqueda de la voz de lo sagrado, darle nombre; atender a su llamado) que no queremos acoger; ella ve más rápido que los ojos físicos.

Los ojos cobran la dimensión de la mirada, hablan a pesar de la palabra del otro, muchas veces muda, silenciosa. La intuición puede hablarse, pero no explicarse, pues no es un raciocinio, una fórmula; habla, aunque no resulta fácilmente verbalizable. Conocer por medio de la intuición implica desequilibrio, aceptar lo desconocido, lo inaudito, lo terrible, lo salvaje que habita en mí; mi naturaleza, que habla en voz alta. Espacio doloroso, trance similar, el cuerpo enferma, nuestra existencia prestada habla, pues siempre y, no miento en esto, es mejor la protección, la vida de la comodidad, pero en ella nada florece; nada ha surgido sin riesgo; es un aprendizaje que exige tenacidad, siempre habrá distracciones que nos harán abandonar lo misterioso, lo sagrado que hay en nosotros.

La intuición es vida en presente continuo, cura para sanar las heridas, oportunidad para crear. En el nacimiento de algo, hasta de sí mismo, siempre ha existido un dolor, un grito; nacemos por una herida, desaparecemos por ella, una cicatriz hecha en la tierra. La intuición lleva a sentir más allá de lo autorizado, aquello que en nosotros está moribundo, pero quedan las brasas, los rescoldos, para que vuelva vivir, para que se encienda la llama.

Es posible despertar la intuición por medios artísticos; aquí es clave la curiosidad, como el germen, la semilla de la creatividad que permite el movimiento como algo orgánico y, por lo tanto, el sentido del rastreo, que exige un tipo de animalidad; lo buscado es invisible al ojo humano, siempre limitado; se requieren, por ejemplo, unos ojos que fueran como faroles, que vieran en la oscuridad, en el temor); buscar lo perdido, lo extraviado, recuperarlo. La curiosidad como principio del rastreo permite ver con ojos estilo rayos X; es decir, mirar, atravesar lo compacto, lo aparente, o, como una lupa, agrandar, visibilizar lo que se oculta entre lo demás.

¿Es posible una escritura olfativa, escrita en este lenguaje? ¿Una escritura de olores y aromas? Cuando esta escritura tome la forma de nariz, entonces vendrá el juego, la alegría, pues será una escritura en la forma de las adivinanzas, y no solo con lo conocido, sino también podría crear mi propia fragancia, algo inconfundible; esta escritura huele a esta Escribiente y solo a ella; que dijera el lector.

—Acaba de pasar un aroma Escribiente por aquí; adivina esta adivinanza, adivina, Escribiente, adivina, adivinador, adivina. Dígame, entonces, a qué huele; ¡ven, juguemos un rato!, no todo debe de ser en mí tan solemne:

—Primera pista: vive entre muchos mundos, le construyen y construye realidades.

—No se quede en silencio, nunca lo había visto así; hay un brillo extraño en su mirada. Mejor, aquí va la pista dos: todo muere y vive en su mirada.

—No es por presumir (será posible que esta Escritura..., bueno, habrá que arriesgarse con la respuesta), creo que se trata de mí. La respuesta es Escribiente.

—Se equivoca, Escribiente; la respuesta es Lector; a él le construyen y construye mundos y todo muere y vive en su mirada, en una terminada de lectura.

¡Ah, Escritura que no piensa en su Escribiente! Y no es de extrañarse, la Escritura se piensa y pensando-sintiendo se escribe.

En fin, el ensayo es una modalidad de la escritura, una de sus configuraciones, pero no con un modo de contención, es decir, como un muro o las márgenes de la hoja de papel, sino como una membrana celular, límite que se deja atravesar, permeabilidad donde todo confluye.

Representación, símil idéntico de la Escritura; es decir, la ilimitud; muchas veces hablar de ensayo y escritura parece que se refiriera a lo mismo, es muy difícil establecer su diferencia; el límite del uno del otro es una franja muy delgada, transparente, franqueable; sin embargo, el ensayo es un contexto más delimitado de escritura, una delimitación que siempre podemos ampliar, expandir; género híbrido, peligroso, todo lo permea, todo lo contamina; como si se tratara de un agujero negro, él todo lo puede absorber, devorar todo lo que se encuentre en su camino; todo es posible de convertirse, ensayísticamente, en cualquier cosa.

En este sentido, escribimos experimentalmente, tanteamos, palpamos, y no porque en otros géneros el lenguaje y la Escritura no fuera así, sino adoptamos pensar-escribir-actuar-sentir ensayísticamente, es decir, se improvisa como actores de nuestro pensamiento, nos desenvolvemos en esta acción, pues aquí el error, el caer, tiene otra connotación, es afirmación, validación cuando se está aprendiendo a caminar, volver a intentar respecto a lo que otros ya han dicho; el mundo perfecto, ideal, del error.

Un género imposible de domeñar, para el que escribe ensayos. Escribe de manera contagiosa, la Escritura paseante, vagante; todo, inclusive aunque no viniera al caso o a cuanto, muchas veces, traídas ciertas cosas de los pelos, a regañadientes y, otras, también, hurtadas o prestadas por algún tiempito, la Escritura ensayística, y esta es su promesa, lo devolverá todo, nuevo, transformado.

Puesto que escribir de forma ensayística es lo marginal, la derrota, a propósito, y con propósito, otras formas, bien lo sé, hubieran ayudado a superar esta prueba, la consagración, el descanso, pero escribir así es saber que siempre hay un descontento, que siempre hubo mejores formas de decir las cosas, mejores pensamientos acerca de las ideas, y elegimos estas palabras, precisamente estas, a veces acertadas y muchas veces desafortunadas; constituye un pesar, un desasosiego, en espera de indulgencia, para esta

Escritura, lector, la insignificancia, la fatiga, de esta Escribiente, el querer llevarse mejor con el mundo, le hicieron abandonar; excusa, Escritura, esta insustancialidad, inseguridad, conformismo; el no poder ser sin barrera, sin límite; todavía no estoy dispuesta, no sé recibir tu regalo, no sé agradecer lo todo posible, tu ilimitud.

ESCRIBIENTE.- La vida en la Escritura empieza ya a olvidarme, la muerte a reconocirme (para parafrasear a Edmond Jabès, en *El libro de la hospitalidad*: la vida empieza a olvidarme, la muerte a reconocirme), solo al soñar existo.

AUTORA.- Al morir la Escribiente, le hace bien a su escritura; bien lo sabía, que el nacimiento de aquella se paga con esta muerte. Y, ahora, si la pre-producción de esta escritura empezó la muerte del Escribiente, vida de escritura, se asoman los ojos del lector, ¡Arriba el telón! ¿Todo lo que confluye aquí, están listos? Entonces, ¡aplausos y acción!

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta de Samper, Soledad. *El corazón de la mujer*. Lima: Cardo, 2006.
- Altamirano Flores, Federico. El contagio de la literatura: otra mirada de la didáctica de la literatura. [*Dialogía* 7 (2013):21-32]. Recuperado de: <file:///C:/Users/MiPc/Downloads/Dialnet-ElContagioDeLaLiteratura-4773387.pdf>
- Barthes, Roland. Flaubert y la frase, en *El grado cero de la escritura*. Madrid: Siglo XXI, 2006, p. 394-418.
- Beauvoir, Simone de. *La mujer rota*. Barcelona: Edhasa, 2008.
- Bonnett, Piedad. Fracasar cada vez mejor. [*Revista Número 57* (jul.-ag., 2008):68-71]. Recuperado de: <http://static1.squarespace.com/static/50f47e5fe4b09bfe91462f84/t/50ff3696e4b0478aba377f16/1358902934083/numero-57doslow.pdf>
- Caro, María Teresa. En el laberinto; La embriaguez del artista, en *La escritura del otro*. Murcia: Universidad de Murcia/Servicio de publicaciones, 1999, p. 10-25, 106-11.
- Cervera, Vicente; Hernández, Belén y Adsuar, María Dolores (eds.). Sobre la razón poética de María Zambrano; El ensayo como ficción y pensamiento; El género literario “ensayo”, en *El ensayo como género literario*. Murcia: Universidad de Murcia/Servicio de Publicaciones, 2005, p. 131-43, 144-79, 190.
- Cixous, Hélène. La escritura a la deriva: movimientos sobre lo teórico, en Segarra, Marta. *Lengua por venir/Seminario de Barcelona; Hélène Cixous, Jacques Derrida*. Barcelona: Icaria, 2004, p. 39-57.
- Covito, Carmen. *La suerte de la fea*. México: Norma, 2000.
- Ducasse, Conde de Lautréamont, Isidore. *Los cantos de Maldoror*. Bogotá: La otra orilla, 2007.
- Deleuze, Gilles. La literatura y la vida. Recuperado de: <http://descontexto.blogspot.com.co/2007/06/la-literatura-y-la-vida-de-guilles.html>
- Echeverría, Esteban. Apología del matambre. Recuperado de: https://es.wikisource.org/wiki/Apolog%C3%ADa_del_matambre
- El aprendizaje de la soledad. Recuperado de: <https://akantilado.wordpress.com/2011/08/02/el-aprendizaje-de-la-soledad/>
- Espinosa Proa, Sergio. Que significa escribir? Nietzsche después de todo. Recuperado de: <http://www.monografias.com/trabajos918/significa-escribir-nietzsche/significa-escribir-nietzsche.shtml>

- Fernández, Macedonio. *El museo de la novela de la Eterna*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- Fernández, Macedonio. Tantalía. Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/235497951/Macedonio-Fernandez-Tantalia>
- Ferrús Antón, Beatriz. *La tradición de las vidas y la escritura del cuerpo: Sor Francisca Josefa del Castillo y Sor Jerónima Nava Saavedra*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 2000.
- Forster, Ricardo. El desierto, la palabra y la imagen; El pudor de la interpretación, en *El exilio de la palabra: ensayos en torno a lo judío*. Santiago de Chile: Arcis-Lom, 1997, p. 29-48, 129-36.
- Gallego Barrés, Andrés. La relación autor/lector en la literatura didáctica: requisitos y modalidades. [*Criticón* 58 (1993):103-16]. Recuperado de: http://cvc.cervantes.es/literatura/criticon/PDF/058/058_101.pdf
- Girondo, Oliverio. Hacia el fuego o la poesía de Oliverio Girondo, en *Obras completas*. Buenos Aires: Losada, 1968.
- Gumucio, Rafael. Escritura y prostitución. Recuperado de: <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/escritura-y-prostitucion>
- Güichal, Celia. La soledad, en *Viaje a la escritura*. [Bahía Blanca: Ediuns, 2004, p. 133-40]. Recuperado de: https://books.google.com.co/books/about/Viaje_a_la_escritura.html?id=GCJbw-KipkYC&redir_esc=y
- Gray, Miranda. *Luna roja*. Madrid: Gaia, 1999.
- Ita, Fernando de. *El arte en persona: testimonios de nuestro tiempo*. México: Árbol, 1991.
- Jodorowsky, Alejandro. Los arcanos mayores. El loco, el ermitaño, la fuerza, la luna, en *La vía del tarot*. Madrid: Simela, 2004, p. 147-53; 201-205; 213-17; 259-63.
- Nancy, Jean-Luc. 58 indicios sobre el cuerpo. Recuperado de: http://www.medicinayarte.com/img/58-indicios-sobre-el-cuerpo_nancy.pdf
- Larrosa, Jorge. La experiencia de la lectura. Prólogo. Recuperado de: https://docs.google.com/file/d/0B_UL-1EputdEejVpZHIMSTlkRIU/view
- Margot, Jean-Paul. *El ejercicio problemático de la literatura: Sade: escritura y filosofía*. Bogotá: Colcultura, 2003.
- Moffeit, Tony. Criatura Luminosa. Recuperado de: <https://beckgza.wordpress.com/2012/07/17/luminous-animal-criatura-luminosa/>

Muñoz, Luis. El ensayo como discurso: algunos rasgos formales y plurivalencia del ensayo. *Revista Arcadia*12 (2001).

Nietzsche, Friedrich. *La gaya ciencia*. Medellín: Bedout, 2004.

Norandi, Mariana. Mito, las brujas de la Edad Media; sólo eran mujeres con conocimientos. [LaJornada (feb. 2 de 2008)]. Recuperado de: <http://www.jornada.unam.mx/2008/02/28/index.php?section=ciencias&article=a02n1cie>

Piglia, Ricardo. ¿Qué es un lector?, en *El último lector*. Barcelona: Anagrama, 2005, p. 19-39.

Pinkola Estés, Clarissa. El aullido: la resurrección de la mujer salvaje; la persecución del intruso: el comienzo de la iniciación; el rastreo de los hechos: la recuperación de la intuición como iniciación; el compañero: la unión con el otro, en *Mujeres que corren con los lobos*. Recuperado de: <https://docs.google.com/file/d/0B7Gh0CcfAenvYXBzQ0VSZmpLSGM/e> dit

Qué es un ensayo, Características, tipos y ejemplos. Recuperado de: <http://comohacerunensayo.net/que-es-un-ensayo-caracteristicas-tipos-y-ejemplos/>

Segarra, Marta. *Lengua por venir/Seminario de Barcelona; Hélène Cixous, Jacques Derrida*. Barcelona: Icaria, 2004.

Seguí Rico, Josep Lluís. *La amante fea*. Barcelona: Tusquets, 1993.

Savater, Fernando. El ensayista como rebelde y doctrinario. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/347086601/c-El-ensayista-como-rebelde-y-como-doctrinario-Fernando-Savater-pdf>.

Torres, Silvia y González Bonorino, Adina. *Algunas consideraciones acerca del ensayo*. [Buenos Aires: Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, 2003]. Recuperado de: <https://www.uces.edu.ar/biblioteca/documentos/Ensayo.pdf>.